E. GARCIA ALVAREZ, A. PASO y A. LOPEZ MONIS

Las buenas almas

SAINETE LÍRICO

en dos actos, divididos en cinco cuadros, original

MÚSICA DE LOS MAESTROS

UBEDA y GARCÍA ALVAREZ



SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1918

LAS BUENAS ALMAS

LAS BUENAS ALMAS

SAINETE LÍRICO

en dos actos, divididos en cinco cuadros

ORIGINAL DE

E. GARCIA ALVAREZ, A. PASO y A. LOPEZ MONIS

música de los maestros

UBEDA y GARCÍA ALVAREZ

Estrenado en el TEATRO CÓMICO la noche del 8 de Febrero de 1918



MADRID

R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11 dup

TELÉFONO, NÚMERO 551

1918

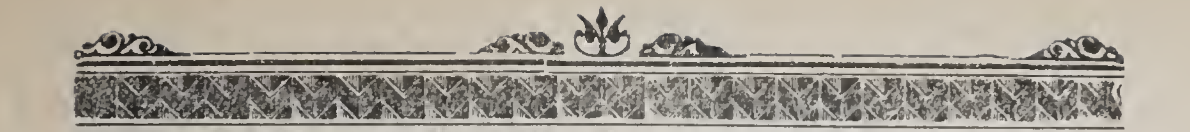
REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
LA TÍA CIRILA	SRTA.	PRADO.
PAULA		AGUILA (M.)
LA TÍA ROMA	SRA.	CASTELLANOS.
LA TÍA MENDRUGA		MARTÍN.
LA TÍA EUFEMIA		CALVO.
LA CIEGA DEL COUPLET		FRANCO.
LA NIÑA DEL COUPLET	SRTA.	ORTIZ.
BEATA 1.ª		AGUILA (J.)
IDEM 2.ª	SRA.	MEDERO.
IDEM 3.ª	SRTA.	POZUELO.
VECINA 1.ª		MELCHOR.
IDEM 2.ª		ANCHORENA.
UN MONAGUILLO / ERIZO		BORDA.
CASTELAR		ORTIZ.
PEPITO / BIZCORRO		LEAL.
LA PANOCHA		GARCELÁN.
PASCUAL	SR.	CHICOTE.
MARIANO		AGUIRRE.
BARBIERI		CASTRO.
EMILIO		SOLER.
BALBINO		PONZANO.
EL TÍO EULOGIO		MANSO.
UN PALETO		HERNÁNDEZ.
CICERÓN		SOLER.
GUARDIA 1.º		DELGADO.
IDEM 2.º		BASTIÁN.
REVENTADOR 1.º		SOLER.
IDEM 2.º		MORALES.
IDEM 3.º		HERNÁNDEZ

ELEUTERIO..................	Sr.	Morales.
REQUENA....................		Peinador.
UN GUARDA DEL RETIRO....		Manso.
ULPIANO.....................		Bastián.
EL CIEGO DEL COUPLET.....		Ortiz.
LAÑADOR....................		Bermúdez.
NARANJERO..................		Vargas.
EL RÍGIDO...................		Peinador.
MURGUISTAS...............		Delgado. Bermúdez. Bastián. Galindo.

Devotos, espectadores, niñeras, criadas, chicos, etc. Coro general.

Derecha e izquierda, las del actor



ACTO PRIMERO

La escena representa una plazuela de Madrid. En primer término derecha y avanzando hasta la tercera parte del escenario, fachada de una iglesia con verja, abierta. La iglesia tiene otra fachada que forma ángulo con la verja y da sobre la escena. A la izquierda fachada de una tienda de vinos con puerta practicable. El primer término de ambos lados es practicable; detrás de la iglesia y unido a ésta está el telón de foro, que por la izquierda deja ver una calle practicable detrás de la taberna.

Son las diez de la mañana.

—

(Al levantarse el telón las campanas tocan a misa. El atrio está lleno de pobres, que piden limosna a las personas que van entrando en ella. Entre los pobres están la SEÑA CIRILA y el SEÑOR PASCUAL, modestamente vestidos; la primera sentada en el suelo con un platillo delante, una campanillita en la mano y un cartelito colgado al cuello que dice: MUDA, y el segundo sentado en un catrecillo tiene otro cartel que dice: SORDO Y CIEGO y lleva unas gafas negras. El público, hasta el momento oportuno, no ha de darse cuenta de que estos dos personajes son las dos primeras figuras de la compañía.)

Hablado sobre la música

Vendedor (De naranjas.)
¡Diez un real! ¡Doce un real!
Una por mi padre, otra por mi tío,
una porque me da la gana,
otra porque me sale de las narices.

¿Quién las lleva del grano de oro?
¡Diez granos un real!, ¡doce granos un [real!,
¡una erupción un real!

Vec. 1.ª ¡Pero escuche usté, vecina,
oiga, señá Baldomera!

Vec. 2.ª ¿Qué tripa se le ha soltao?

Vec. 1.ª Oiga usté, por lo que sea.
A ver si va a ser posible
que quite usté esa maceta
que me está usté goteando
encima de la cabeza.

Vec. 2.ª Así se la lava usté
alguna vez.

Vec. 1.ª Baldomera,
a ver si subo y la doy
dos azotes.

Vec. 2.ª Anda, prueba.

Vec. 1.ª ¡Ay, mi madre!, que si subo
te la ganas, Baldomera.

Lañador ¡El lañador! Se componen
tinajas y artesones, ¡el lañador!

(Salen muy pausadamente los GUARDIAS 1.° y 2.°. Cuando han llegado al centro de la escena se oyen dentro)

Voces ¡Guardias! ¡Guardias!

(Los Guardias miran hacia atrás un momento y pausadamente siguen su camino sin hacer caso de las voces.)

Los del cuplet ¡A diez céntimos el bonito cuplet del Príncipe escandinavo!

Ciego (Cantado.)
Doña Sol la castellana
de un coplero se prendó
y resuelta una mañana
a su esposo abandonó,
huyendo la ingrata
con el seductor.
¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!
Su rostro delata
cansancio y rubor.
¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

Ciega De la caminata
con el seductor.
Y el pobre trovador
gozoso a su dama cantaba
la trova que dice su amor.

Ciego Cantaba, cantaba.

Ciega Con gran frenesí.
Ciego Y la entusiasmaba.
Ciega Cantándola así.
Los tres Sol que me anima y me enardece,
sol refulgente del Mogol,
sol que en la Nubia resplandece,
sol, la, sí, do, re, do, la, sol.
Chicos La, la, la, la.
(Segunda estrofa.)
Ciego Trascurrida una semana
el coplero se cansó
y la pobre castellana
sola y triste se quedó
y muy cabizbaja
llorando su amor.
¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!
Ciega Cogió una navaja,
se armó de valor.
¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!
Y le hizo una raja
como un colador.
Ciego Y en tanto el trovador
voluble a otra dama cantaba
la trova que expresa su amor
cantaba, cantaba.
Ciega Con gran frenesí.
Ciego Y la entusiasmaba.
Ciega Diciéndola así:
¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!
Los tres Sol que me anima y me enardece,
etc., etc.
Ciego (Hablado.) ¡A diez céntimos el bonito cuplet del Príncipe escandinavo! ¿Quién pide otro? (Mutis.)

Hablado

(En escena BALBINO y EMILIO. Son dos chulos como de unos veintiocho a treinta años. Visten traje de americana y gorra el primero y sombrero frégoli el segundo. Los dos salen por último término izquierda.)

Balb. Anda, tú, penetra en el recinto y avisa al clérigo.
Emilio Pero, ¿es que tú no entras?
Balb. ¿Yo? Pero entonces, ¿por qué te supliqué que me acompañaras? Pues pa que dieras tú el aviso y esperarte yo a la puerta. ¿O es que ignoras mis ideas anticlericales?

Emilio — Hombre, yo...

Balb. — Yo he consentido en que se bautice al chico, porque si no la Patró se me muere.

Emilio — Acordes.

Balb. — Como consentí en casarme por lo canónigo, porque si no el padre me mata.

Emilio — Sí que se puso cafre.

Balb. — Como eso de querer bautizar al chico, vamos, hombre. Es que vivimos entoavía en el siglo de la Santísima Inquisición.

Emilio — Acordes.

Balb. — Pues anda, dile al señor cura que se prepare pa bautizar un nene a las seis.

Emilio — ¿Cómo quieres el bautizo, con órgano?

Balb. — A voces solas y gracias.

Emilio — Vamos, de seis pesetas.

Balb. — Porque no los hay de todo a sesenta y cinco, que si no, aunque bautizaran al chico con un colador.

Emilio — Bueno; a las seis y de seis. Acordes. (Entra en la iglesia, y al pasar por entre los pobres se oyen voces confusas que estos dan, pidiendo; de entre ellas se destaca la de uno, que dice:)

Uno — Hermanito, una limosnita pa estos pobrecitos desgraciaditos...

Balb. — ¡Miá qué partida de galochos! Menuda barredera mecanica inventaba yo, pa limpiar de méndigos Madrid y sus provincias.

(Por primer término derecha sale muy despacio la pareja de Guardias; al pasar por delante de la verja de la iglesia los pobres se agitan y piden, como cada vez que sienten o ven pasar cerca una persona. Los Guardias pasan sin hacer el menor caso de las peticiones. Balbino está a la izquierda.)

Una — Santa Lucía bendita les conserve la vista, nobles caballeros...

Balb. — Pues mira esta pareja, que los podía llevar a tós a un asilo y ni hace caso. Es que disfrutamos de un Ayuntamiento, que pa visto en postales es una divinidá.

(Cuando los Guardias han llegado al centro de la escena, sale por último término izquierda un muchacho con tipo de paleto y se dirige a los Guardias, saludándolos con el sombrero.)

Paleto — Buenos días, guardias; ¿me hacen el favor de decirme la calle de la Arganzuela?...

(Uno de los Guardias saca el verdadero zaragozano, se entera de dónde está la calle de la Arganzuela y luego

se lo explica al Paleto por señas, con las cuales le indica que tiene que dar unas cuantas revueltas, porque está bastante lejos de allí.)

Paleto ¡Ah, sí! ¿Conque?... (Le repite al Guardia por señas el itinerario; el guardia asiente.) Vaya, pues ustedes lo pasen bien y muchas gracias. (Mutis.)

Balb. Bueno, y luego estos guardias de ahora que se dan más importancia que las que bailan las danzas indias. Vamos, les daba así en mitá del casco de la población...

(Los Guardias han hecho mutis.)

Emilio (Que sale de la iglesia azorado y nervioso, limpiando el sombrero que trae en la mano, con la manga de la americana.) Anda, vamos.

Balb. ¿Qué te pasa?

Emilio Nada; que nos marchemos.

Balb. Oye, ¿qué ocurre? Te noto excitao...

Emilio ¿Excitao?... Di que tengo una educación que me sale por la badana del frégoli, que si no, hay aquí un dos de junio.

Balb. Dirás de mayo.

Emilio Digo de junio, que fué la fecha en que tiré por una ventana al patio a mi suegra.

Balb. Bueno, ¿qué te ha pasao ahí dentro?

Emilio Pues ná, que entro en la sacristía, que estaba casi a oscuras y vislumbro en siluetas a tres curas que estaban sentaos en corro.

Balb. ¿Pues qué hacían?

Emilio Yo creo que estaban jugando al tute arrastrao. Conque voy y saludo religiosamente: «Nosce te ipsum», y contesta una voz gruesísima: «Adelante» me acerco y como no veía gota, meto los piés en el brasero, salta la ceniza y grita una voz: «¡Pero no ve usté, so jumento!» Mira; oir lo de jumento y darle una patada al brasero, todo fué uno.

Balb. ¡Qué bárbaro! ¿Y pa qué?

Emilio Pues pa sacar el frégoli de la lumbre que se me estaba achicharrando, fíjate. (Se lo muestra.)

Balb. ¡Mi madre, qué agujero!

Emilio Total, que me cogieron de un brazo, que me echaron a la calle y que aquí estoy.

Balb. Estoy viendo que el chico no se bautiza.

Emilio Anda, anda; diremos que venga a avisar el chico de la Eulogia.

Balb. Y to pa luego ponerle al chico un nombre francés.

Emilio ¿Cómo francés?

Balb. Sí, hombre. El padrino se empeña en llamarle Napoleón.

Emilio ¡Anda la viruta! Media humanidá está demente.

(Mutis los dos foro izquierda.)

(Sale por primer término izquierda PEPITO. Un chico de unos trece años, pobremente vestido, y se dirige a Eleuterio, que es un ciego de los que están a la puerta de la iglesia.)

Pep. Aquí estoy, señor Eleuterio.

Eleu. Hola, ¿ya has venido?

Pep. Sí, señor.

Eleu. Pues recoge el platillo y agárrame.

Pep. ¿Qué tal se ha dao la mañana?

Eleu. ¡Una porquería! Unas nueve pesetas. Esto de la mendicidad se está poniendo que va a haber que dedicarse a otra cosa.

Pep. (Ya lo ha levantado y han salido del atrio de la iglesia.) Vamos allá.

Eleu. ¿Ha ocurrido algo por casa?

Pep. Su mujer de usté que ha regañao con la vecina del catorce y la ha llamao una cosa muy fea.

Eleu. ¿Mi mujer a la vecina?

Pep. La vecina a su mujer.

Eleu. ¿Y qué le ha llamao, si pué saberse?

Pep. Murciélago.

Eleu. Pues no es tan feo.

Pep. ¿Que no es feo un murciélago?

Eleu. Yo creí que le había llamao lo de tos los días. Anda, Pepito. (A los otros pobres.) Buenos días.

(Mutis los dos derecha.)

Todos Muy buenos.

Eul. (Que es otro pobre ciego.) Valiente sinvergüenza está hecho este ciego.

Roma Se viene aquí a pedir, y su mujer haciendo lo que le da la gana.

Mend. Y si el pobre no ve, ¿qué quié usté que haga, tía Roma?

Eul. Que no ve, que no ve; más que usté y que yo, porque si yo llevo gafas, al fin y al cabo soy présbita y usté padece cataratas.

Roma Y que ya lo puede usté decir; unas cataratas que ni las del Niágara. Yo no doy coba; no soy como la Eufemia, la que pide en Santo Tomás, que dice que tiene gota serena y tiene más vista que Cambó.

Mend. Valiente tiarra está hecha.

Eul. ¿Qué, se viene usté, tía Mendruga?

Mend. Sí, nos iremos, porque ya se han ido las de la aristocracia.

Roma Sí; ya no quedan más que cuatro devotas de las de Dios le socorra, hermanita.

Mend. Ayúdeme usté a levantarme.

(Eulogio ayuda a levantarse a la tía Mendruga y ésta a la tía Roma. Los tres saludan a los que quedan y hacen mutis. Quedan en el atrio de la iglesia, la tía Cirila y el tío Pascual, que hasta este momento no han hablado nada para que el público no se dé cuenta de su presencia. Sale de la iglesia una devota y deposita una moneda en el platillo que la tía Cirila tiene delante. Esta hace sonar una campanilla en señal de agradecimiento. Sale otra devota que también echa en el platillo de la Cirila, y ésta vuelve a sonar la campanilla.)

Pas. ¡Esta muda tiene una suerte de vértigo! (Sale otra devota y vuelve Cirila a sonar la campanilla porque le deja otra moneda.) ¿Quié usté no tocar más la campanilla, so escuerzo?

Cir. (Provocativa.) ¿Le molesta a usté?

Pas. Me molesta.

Cir. ¿Pero no es usté sordo?

Pas. ¿Y usté no es muda, so embustera?

Cir. Soy lo que me da la gana.

(Sale un devoto de la iglesia.)

Pas. (Cambiando su tono de provocación por un tono lastimero al ver al devoto.) Compadézcase de un pobre sordo de un barreno... (El devoto echa una moneda en el platillo de Cirila y ésta toca la campanilla.) ¡Señores, qué tía bruja!

(Sale de la iglesia UN MONAGUILLO.)

Cir. Oye tú, Pituso.

Mon. ¿Qué quié usté?

Cir. ¿Quedan muchos feligreses?

Mon. Unos cuantos pelmas de esos que hay que echar diciendo: ¡que se va a cerrar!

Cir. Anda, hijo, ayúdame a levantarme te daré una perra gorda.

Mon. Ande usté, abuela.

Cir. Muchas gracias. ¡Ay! Esta primavera no tengo más remedio que ir a tomar unas aguas termales. Estoy baldadita del reúma.

Mon. Que ya es usté muy vieja, seña Cirila.

Cir. ¡Vieja, vieja!... Pues aunque no lo quieras creer no tengo más que dos duros y medio; así como suena, dos duros y medio.

Mon. Pa mí que tiene usté tres mil pesetas.

Pas. (Levantándose.) Me haceis de reir, don Gonzalo. ¡Ja, ja, ja!

Cir. Pues sí, señor, y sí, señor, tío envidioso, aunque le haga a usté reir don Gonzalo y don Marcelino.

Pas. Usté es más vieja que la torre de los Lujanes.

Cir. ¿Pero no ves, pituso? ¿Te parece a ti? Ya hablaré yo con el padre Casildo pa que no le deje a usté pedir a la puerta de este santísimo templo, porque usté tiene pa comer, sí, señor; que lo sepan las buenas almas, ¡que tiene usté dinero, so roña!

Pas. ¿Y usté, que dice que no tiene más que dos duros y medio y se ha comprao una finca en Aravaca no hace dos meses?

Cir. ¿Yo una finca en Aravaca, so lioso?

Pas. Y cada tres meses va usté a cobrar el cupón vestida con una pelerina azul turquí y un sombrero de esos que ahora se estilan de picador.

Cir. ¡Tío canalla!

Mon. Estos se zurran. Bueno, bueno, con permiso me voy a comprar anís del Mono para el padre Claudio que le ha dao un vahído y como no sea con anís no vuelve. (Mutis.)

Pas. Si no estuviésemos en la calle, y delante de una iglesia, ya le contaría yo un cuento.

Cir. ¿A mí un cuento un asaura como usté?

Pas. Y me he quedao aquí pa decirle a usté una cosa que iznora de seguro, pero sépalo usté; ayer, su hijo Mariano, vino a verme pa decirme que está loco por mi Paulita. ¡Loco! ¿Lo oye usté?

Cir. ¿Quién, mi Mariano? ¡Mentira, eso es mentira!

Pas. Loco rematao, que así me lo dijo, y que si no se casaba con ella se tiraría por el viaducto.

Cir. Eso es una patraña de usté, tío carcamal.

Pas. Y yo le dije que se tirara y se dejara los sesos en la calle de Segovia.

Cir. ¡So asesino! ¡So creminal! (Va a él y lo golpea, a tiempo que entra MARIANO y se interpone para separarlos.)

Mar. ¡Madre, madre!

Cir. ¡Tú! ¿Tú aquí?

Pas. Anda, anda. Dile a tu madre lo que me dijiste ayer, pa que no me insulte ni me llame asesino.

Mar. ¡Tío Pascual!

Pas. ¿Mi Paula pa ti? Me hacéis de reir, don Gonzalo. ¡Ja, ja, ja! (Hace mutis a la taberna.)

Cir. ¡Tío guarro! ¡Tío zarrapastra!

Mar. ¡Madre!

Cir. (Llorando.) Pero, ¿quién es ese don Gonzalo que le hace de reir tanto a ese verdugo?

(Pasa el Monaguillo con una botella, echa un trago y luego la mira, haciendo mutis por la iglesia.)

Mar. Pero, madre...

Cir. ¡Madre, madre! Ven acá, so sinvergüenza, ven acá, que como sea cierto lo que me ha dicho esa víbora, te mato.

Mar. ¿Y qué le ha dicho a usté?

Cir. Que tú has ido a pedirle su hija Paula... ¡Contesta!

Mar. Madre, yo...

Cir. ¡Contesta! ¡Contesta!

Mar. Mire usté, vámonos a casa y allí hablaremos; como la conocen a usté tanto en este barrio...

Cir. Sí, señor; me conocen, ¿y qué? Pero de nada malo. Que hace veinte años, día por día, que me coloco en este atrio pa pedir una limosna a las buenas almas, con lo cual he podido sacarte adelante, ya que tu padre fué tan charrán, que, apenas viniste tú a este mundo, se fué él al otro mundo y se casó con otra.

Mar. Bueno, madre, ya lo sé, ¿para qué repetírmelo?

Cir. Y tu madre ha pasao muchas penas, y muchos sonrojos, y muchas privaciones, ¿me entiendes? Y, vamos, no creo; no quiero creer lo que ha dicho ese cascajo mal nacío, porque de creerlo, bueno, óyelo bien, matabas a tu madre.

Mar. Pero...

Cir. Matabas a tu madre, que si ha implorado la caridad ha sío por ti, nada más que por ti.

Mar. Es que yo...

(Sale una CHICA de unos catorce años, con pelo colorado y muy desgreñada.)

Pan. Buenos días. Aquí me tié usté ya, señá Cirila.

Cir. Hola, Panocha. Anda, vámonos.

Mar. ¿Quiere usté que la acompañe?

Cir. ¡No! Vete tú a tus cosas, ¿pa qué le doy dos reales diarios a la Panocha, sino pa que me acompañe y pa que diga: pa mi pobre madre, viuda de un general chileno?

Mar. Como usté quiera.

Cir. ¿Tú casao con esa? ¡Antes te mato! Anda, Panocha.

(Mutis las dos.)

Mar. (Queda un momento pensativo y hace un movimiento de cólera contenida.) ¡Maldita sea la panocha! ¿Y qué voy a hacer yo? ¿De qué sirve que venga tóos los días a buscar a mi madre pa quitarle de la cabeza que pida limosna? Claro que el jornal que yo gano no da pa mucho, y que no siempre hay trabajo en la imprenta, pero por más que le digo no me sirve de na... me canso inútilmente.

(Aparece BARBIERI por la primera derecha.)

Barb. Pero, ¿qué haces ahí monologueando?

Mar. ¡Ah! Es verdad; ya no me acordaba de que me estabas esperando en la esquina.

Barb. ¿Qué, qué te ha dicho tu madre?

Mar. Nada, lo de siempre; pero hoy peor. Se ha enterao de que he hablao al padre de Paulita y...

Barb. ¡Arrea! La bronca habrá sido de órdago a la inmensa.

Mar. Sí; pero la que me espera es mayor.

Barb. Bueno, supongo que ahora iremos al coli de la Torrecilla, ¿eh?

Mar. Lo que quieras.

Barb. No hay que abandonar el ensayo, que eso puede ser el primer peldaño de nuestra gloria.

Mar. Como que es mi única esperanza; porque si tengo un éxito, el tío Pascual me dará a Paula, y figúrate con Paula y un éxito, me va a parecer el cielo más azul, la noche más serena y el aire besos de felicidad.

Barb. Mira, como te sientas Bécquere, te retiro la música que te he puesto, que no creas que es una pochez. Anoche arreglé el dúo del segundo cuadro, en donde dice:

Fermina de mi alma,
mi vida, mi ilusión,
por ti pierdo la calma
y pierdo el corazón;

que ya sabes lo que me gustaba esa cuarteta por la novedad que tiene el cantable. Sintiéndolo mucho, lo he tenido que cambiar porque he cambiado el motivo. Chico, el de ahora es una cosa wagneriana. Chin ta ta chin chín... Pero, oye.

Mar. ¿Qué?

Barb. ¿Me oyes o te abismas?

Mar. Que ahora no estoy pa músicas; que me voy a ver a Paula, necesito verla, hablarla... Si quieres verme, vete luego a casa. Adiós y perdona. (Mutis.)

Barb. Bueno, este Mariano me va a escacharrar el estreno con la cursilería de esos amores; porque, vamos, la chica es guapa, pero no pa hacer lo que hace este muchacho.

Pas. (Saliendo de la taberna y hablando con alguien que se supone dentro.) Bueno, bueno, que no deje usté de decirlo, señor Maroto.

Barb. Calla, el padre de Paulita, el mendigo; yo le abordo. Señor Pascual.

Pas. ¡Eh! ¡Ah! ¿Eres tú, Barbieri?

Barb. Sí, señor; yo soy; y no crea usté que me molesta ni tanto así el motecito que me han puesto. Barbieri.

Pas. ¿Y qué? ¿Estrenáis o no estrenáis esa estupidez que habéis hecho?

Barb. ¡Hombre, estupidez!... Con el libro se puede usté meter por el odio que le tiene usté a Mariano; pero con la música...

Pas. ¡Si me han dicho que se parece a todo!

Barb. ¿Cómo a todo?

Pas. A todo lo que se ha hecho de música.

Barb. Envidias, nada más que envidias; pero ya la oirá usté y se entusiasmará.

Pas. Oye, ¿no dice un número...? (Cantando con música de «Agua que no has de beber».)

La vida es como el agua de los ríos
que va corriendo
poquito a poco.

Barb. Sí, señor. ¿Y a qué se parece eso?

Pas. Hombre, yo lo he oíao.

Barb. Pues es la música popular, que la oye usté y dice: ¿A qué se parece esto? Y no se parece a nada. Además, que la ley le deja a usté tomar unos compases. Usté puede hacer un número que diga: (Canta con música de la «Marcha real».)

Chinta, chinta,
tachín, tachín, tachín,
tachín, tachín, tachín,
tachín, tachín, tachín. .

Y aquí cambia. (Música del dúo de los besos de «El Conde de Luxemburgo».)

Chín, tachín, tatachín...

Pas. ¿Pero la ley deja robar todo eso?

Barb. Sí, señor.

Pas. Pues desde mañana no pido más y me dedico a autor de música. Dime, ¿hasta dónde puedo coger de esto?

Con el capotín, tín, tín, tín,
que esta noche va a llover,
con el capotín, tín, tín, tín,
a eso del amanecer.

Barb. (Que ha ido contando por los dedos los compases.) Hasta ahí.

Pas. ¿De manera que puedo robar hasta el amanecer?

Barb. Sí, señor.

Pas. ¿Y después?

Barb. Después se acuesta usté si quiere.

Pas. Pues mira, no había caído yo en eso; porque con las condiciones musicales que yo he tenido y lo que se permite coger, me sonrío yo de Chapí.

Barb. Y hablando de otra cosa, señor Pascual, ¿qué le ha pasado a usté con Mariano?

Pas. Mira, no me hables de Mariano, porque te estropeo el depósito de las corcheas.

Barb. Pero si el chico quiere a cegar a su hija.

Pas. Aunque esté por ella agónico; pero no es por él, no, es por ella, por su madre, por esa bruja, maldito sea su corazón. Así permita Dios que se tire por el viaducto cuando pase por debajo un regimiento de lanceros.

Barb. ¡Caray! Está usté cruelísimo.

Pas. Pero si eso es peor que los gases asfixiantes; si en la vecindad no la puede ver nadie; si no hay una vecina a la que no le haya hecho una charraná; si en las tiendas no la dejan entrar a comprar na por arpía.

Barb. Entonces, ¿cómo compra los comestibles?

Pas. Por teléfono. Y le dejan las cosas en la portería.

Barb. Pues está apañá la pobre.

Pas. Aquí mismo, los ciegos no la pueden ver, la

tía Carcoma, la muda, la insulta tós los días y ayer mismo el manquito de los dos muñones le dió una bofetá allí abajo que dobló una papelera pública.

Barb. ¡Qué bestia!

Pas. Y gracias a que la proteje el cura párroco, que si no, esa hace mucho tiempo que no pedía aquí.

Barb. ¡Anda! Pues por allí viene.

Pas. ¿Quién?

Barb. Ella, la señá Cirila.

Pas. ¡Rediez! (Aterrado.)

Barb. Nos ha visto y mire usté qué señas nos hace.

Pas. ¡No mires, no vuelvas la cabeza! (Disimuladamente trata de escurrirse.)

(Sale TIA CIRILA descompuesta y dice a Pascual y a Barbieri con ironía.)

Cir. No se vayan ustedes, que ya hace un rato largo que los estoy buscando.

(Pascual y Barbieri se quedan quietos como petrificados.)

Barb. (A Pascual.) Cuidao, señor Pascual.

Pas. (Con aire de superioridad.) No tengas miedo. (A Cirila.) Pues usté dirá.

Cir. ¿Es cierto que ha dicho usté a la tía de las calentitas que como yo fuera a la gloria, San Pedro en lugar de abrirme la puerta me iba a abrir la cabeza?

Pas. ¿Yo?

Cir. ¡Usté!

Pas. ¿Que he dicho yo esa majadería?

Cir. Sí, señor; y lo han oído la trapera, la hojalatera y la que tié la bolera en el solar de la Madera.

Pas. ¡Qué embustera!

Barb. Señá Cirila...

Cir. Y tú, so renacuajo, mal músico, que ya le he dicho a mi hijo que le lleve la obra a Luna, porque tú eres más malo que una neuralgia.

Barb. ¿Quién, yo?

Cir. Tú, so tipo, y conmigo no te encares, ¿sabes?, porque a ti y a ese y a un regimiento, os quito yo de comer pan. (Saca el vergajo y se lía a golpes.)

Barb. (Corriendo.) ¡Mi madre, qué basilisco! (Hace mutis.)

Pas. (Corriendo.) ¡Guardias! ¡Guardias! (Hace mutis detrás de Barbieri.)

Cir. ¡Cobardes! ¡Gentuza! ¡No correr! ¡Ay, mi madre, cómo tengo hoy los nervios!

Música

Cir.
Esta gente me saca de quicio
y una tarde hago yo un estropicio,
pues los nervios los tengo tirantes
y a mí esos farsantes
me van a enterrar.
Pero yo, si enarbolo el garrote,
a ninguno le tengo cerote,
y que tengo riñones
en mil ocasiones
lo pude porbar.
Una vez un sinvergüenza
zarrapastra me llamó,
y hoy tengo yo sus narices
guardadas en mi buró.
¡Mi madre! ¡Mi abuela!
¡Recontra! ¡Caray!
¿Qué es eso? ¿qué pasa?
¿qué ocurre? ¿qué hay?
¿Me toma usté el pelo?
¿guasitas a mí?
Que bajo y le atizo
dos palos así.
Soy un manojo de nervios,
no hay quien se chufle de mí,
porque si cojo al que sea
lo llevo a estacazos hasta Chamberí.
(Hablado.) O hasta la pijotera Patagonia.
(Música.)
Si alguno de ustedes quiere
tener conmigo cuestión,
que suba, que aquí le espero
pa hacerle rajitas como un salchichón.
Le muerdo, le araño,
le pego un capón,
le saco los ojos,
le saco un riñón.
¡So ladrón, so ladrón, so ladrón!
¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

Hablado

(Vuelve a salir el PALETO, completamente desorientado, y se dirige a Cirila.)

Pal. Muy buenas.

Cir. ¿Qué hay?

Pal. Usté perdone; la calle de la Arganznela, ¿por dónde cae?

Cir. (Aparte.) Este viene echao por esos a tomarme el pelo. (Al Paleto.) Conque la calle de la Arganzuela, ¿eh?

Pal. Sí, señora.

Cir. Pues to derecho. (Dándole con el vergajo.) Pitorreos a mí, no.

Pal. (Aterrado, corriendo.) ¡Socorro! Pero, ¿por qué dejan andar suelta esta tía loca? (Mutis.)

(En este momento Cirila ve salir de la iglesia a dos devotas y rápidamente cambia de actitud tomando un aire triste y modesto, poniéndose a la puerta de la verja.)

Cir. ¡Caramba! Todavía sale gente; aprovechemos. (A las que salen.) Una limosnita para esta pobrecita baldadita que no se puede mover. (Las devotas la socorren.) ¡Que Dios bendiga a las buenas almas! (Telón.)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Sala destartalada del cuarto bajo en que habita Pascual en una casa de vecindad. La puerta de la derecha da al exterior y la de la izquierda al interior del cuarto. Al foro una ventana que da al patio, a la que faltan algunos cristales que están sustituídos por periódicos. En el centro de la escena una mesa camilla, y repartidas por la habitación unas cuantas sillas rotas, en la pared hay unos cromos muy viejos y también cuelgan de ella varios gabanes deslucidos y rotos y una capa en el mismo uso, sombreros de distintas formas, muletas y cabestrillos, cayadas, barbas y pelucas y una guitarra, todo, en fin, lo que se supone que usa el inquilino del cuarto, según las circunstancias, para excitar la compasión de las buenas almas.

—

(Al levantarse el telón está PASCUAL de pie en el centro de la escena con una varita en la mano enseñando a ERIZO, BIZCORRO, CASTELAR y el PECOSO la manera de pedir limosna y hay unos murmullos de los discípulos.)

Pas. A ver si nos callamos y hay orden, ¿eh? ¡Caray con esta tropa menuda! Sus he dicho muchas veces que pa pedir limosna lo primero que se *nesecita* es inspirar compasión. Vamos a ver tú, Erizo.

Erizo Servidor.

Pas. Manera de implorar la caridad pública por el procedimiento de la aprensión.

Erizo Señorito, una limosnita que tengo hambre y frío; tóqueme usté y se convencerá de que tengo fiebre y yo no sé si será tifus, o viruelas, o pulmonía fulminante, o una tisis de las que galopan.

Pas. Muy bien, eso no falla y por no acercarse a ti, no hay Dios que no te tire una perra gorda; ahora que te ha faltao un detalle.

Erizo ¿Cuálo?

Pas. La tiritona.

Erizo Ah, sí. Señorito, que tengo hambre y frío, ¡brrr!... Tóqueme usté y se convencerá de que tengo fiebre, ¡brrr!...

Pas. Oye, que parece que tocas el tambor, no marques tanto las erres.

Erizo (Haciéndolo bien.) ¡Brrr!...

Pas. ¡Aprobao! A ver, Bizcorro.

Biz. (Un chico bizco y con una cara muy dificultosa.) Servidor.

Pas. Modo de implorar la caridad por el piropo.

Biz. Señorito, déjese usté algo por la salú de la señorita que lo acompaña, que tié dos ojos que son dos salamandras y una carita que es una Purísima Concha.

Pas. No digas Concha, di Concepción.

Biz. Y una carita como la Concepción Purísima.

Pas. Al revés.

Biz. Como la Concepción al revés.

Pas. Anda, ponte de rodillas en el rincón mirando a la pared y muérdete la lengua hasta que te hagas sangre.

Biz. Lo de tós los días.

Pas. Y lo de siempre hasta que dejes de ser tan tarugo.

Biz. Está bien. (Se pone de rodillas en el rincón.)

Pas. Tú, Castelar.

Erizo ¡Castelar!

Pec. ¡Castelar!

Cast. ¿Eh? (Tiene aspecto de muy bruto.)

Erizo Que te llaman.

Cast. ¿Es a mí?

Pas. Sí, hombre, a ti.

Cast. ¿Qué manda usté?

Pas. Ven aquí. ¿Te has aprendido la lección que te puse ayer?

Cast. Sí, señor.

Pas. Fíjate que te dije: Señorito, que tengo a mi padre con dos hernias, a mi madre coja, a un hermano con raquitismo, a otro con escrofulismo y a otro con paludismo.

Cast. Sí, señor.

Pas. A ver.

Cast. Señorito, que tengo un raquitismo y un paludismo con lo mismo.

Pas. Eres más bruto que el palo de una escoba. Le dices a tu padre que te enseñe él, o que te fumigue. ¡Señores, qué colección de acémilas! Pa sacar un chico medio listo hace falta pedírselo a Santa Rita. Así está la mendicidad tan desacreditada. Tú, el del rincón.

Biz. ¿Qué manda usté?

Pas. Ven aquí. ¿Has hecho lo que te dije?

Biz. ¿El qué?

Pas. Morderte la lengua.

Biz. Sí, señor. Mire usté.

Pas. ¡Pobrecillo! Te la has puesto manando. Anda, estás perdonao.

Erizo Tío Pascual, no le haga usté caso, que no se la ha mordido.

Pas. ¿Como que no, si la tiene sanguinolenta?

Erizo Si es que ayer me dijo que como usté le manda morderse la lengua, se iba a traer hoy un cacho de chocolate.

Pas. ¿A ver? ¡Calla, pues es verdad! ¡Granuja! (Le da un pescozón.)

Biz. No, señor, no es chocolate, que es sangre. (A Erizo.) Acusón.

Pas. ¡Valientes pillastres estáis hechos! Bueno, ahora a repasar la lección pa abrirles en francés las portezuelas de los coches a las damas de la aristocracia que salen de los teatros y los restaurantes. En fila, ¿estamos? ¡A una!

Música

Pas.
Madam,
madam,
madam,
entrete
si vu plete
en su tre yolí Renol
que le quita la tet.

Chicos
Et, et.

Pas.
Al de García Priet.

Chicos
Et, et.

Todos
Madam,
madam,
madam,
entrete
si vu plete
en su tre yoli Renol
que le quita la tet
al de García Priet
y atufa con el humo del benzol.

Pas.
Si va vú al Palaz,
u va vú al Machín,
u va al Ideal,
u vú va al Ritz.

Chicos (Los cuatro.)
Deme sen santimes,
se lo digo al chofeur

pa que ponga en marcha
su magnífico voatur.

Pas. Digo que al Real,
u que al Español,
u que a le Comic,
u quiere vú ir a Apol.

Chicos (Los cuatro.)
U va a la Mallorquín,
u a casa de Paquín,
y salga como un figurín.

Pas Si encontráis a la madam.

Chicos Si encontramos a madam.

Pas. Al salir del restorán.

Los cuatro Al salir del restorán.

Pas. Ya sabéis que hay que decir
con aspect trés elegant.

Chicos Que le siente a vú
trés perfectaman
el fuagrás paté
y el volovan
lomelet con trufas el panaché y el pulet,
mientras mí me nute
me lo pinto en un carnet.

Pas. Una perra chica pedir pa comer,
y si os la dan gorda, ¡qué se le va a hacer!
Y por San Francisco,
poned mucha atención
pa que no me hagáis cisco
la pronunciación.

Todos Por Dios,
por Dios,
por Dios,
un céntimo, que en casa
somos ciento veintidós
que van a fallecer
de ganas de comer.
Por San Julián,
por San Ramón,
por San Román,
por San Abdón,
de un pobre apiádese
y un perro déjese
que el cielo se lo va
a premiar a usté.
(Bostezando.)
¡Ah, ah, ah!
(Idem muy fuerte.)
¡Ah!

Hablado

Pas. Bueno, un poco mejor que ayer; pero todavía sus falta machacar la pronunciación y exagerar las reverencias. A ver si sus fijáis pa mañana; y ahora mutis por el foro.

Todos Buenos días.

(Mutis los chicos.)

Pas. Adiós. Bueno, si no fuera por las tres pesetas mensuales que les saco individualmente, los iba a enseñar Unamuno.

(Entra PAULA de la calle.)

Paula Hola, padre.

Pas. Hola.

Paula Menuda caminatita, pa ná. Le digo a usté que esto no es para mí. Yo no puedo, me da mucho sonrojo.

Pas. ¿Pero es que te vienes de vacío?

Paula Más de vacío que un botijo nuevo. Ahí tiene usté esas dos cartas suyas, que no han querío ni recibirlas, y la contestación de la otra.

Pas. Trae aquí. ¡Caray! Pues esta modita de no recibir las cartas es como para una ruina, porque si leen estas misivas no te vienes sin cuatro pesetas por lo menos. Hay que ver el estilo epistolario catastrófico que me gasto. (Rompe el sobre de una de las cartas y se dispone a leerla.) Bueno, pues verás cómo está la caridad. A ver lo que me contesta este senador vitalicio y accionista del Banco. (Lee.) «Señor don Pascual San Vito. Muy señor mío: Lamento muchísimo la situación desesperada en que usté se encuentra. Para los que tienen catorce hijos hambrientos, una madre en un hospital y un hermano con un cáncer en una ceja, nuestro Municipio, siempre previsor y caritativo, mandó construir el Viaducto. No le importe la pareja que por allí ronda, porque si le cuenta usté su infortunio le pondrá la rodilla para que se encarame. Suyo admirador, *El Vizconde del Socorro.*» ¡Caray, qué tío!

Paula ¿Y se llama Vizconde del Socorro?

Pas. ¿Ves tú? Yo a este sinvergüenza le mandaba al frente búlgaro. ¿Mira que pitorrearse de un pobrecito con catorce hijos, su ma-

dre en un hospital y un hermano canceroso?

Paula Pero, padre, si to eso es mentira.

Pas. Sí; pero figúrate que fuera verdá. Ná, que esto de las buenas almas cá día se está poniendo peor. Y apropósito de las buenas almas: ¿han traído una capa vieja, una barba, una peluca, unas gafas negras, un sombrero y una cayada?

Paula Ahí lo tiene usté todo en ese baúl. ¿Pa qué lo quiere usté?

Pas. Pa imitar la figura del tío Cicerón el mudo, que le ha salío un donativo de siete cincuenta en los frailes de Chamartín y otro de quince en los de Carabanchel y hay que recogerlos esta tarde a la misma hora, y ¡figúrate! con monoplano no llega, y se ha pensao que yo vaya a Chamartín a recoger la pasta figurando el interesado, y él irá a Carabanchel.

Paula A ver si notan la figura y tié usté un disgusto.

Pas. No hay miedo.

(Aparece BARBIERI por la puerta derecha.)

Barb. ¿Se puede penetrar?

Paula ¿Quién es?

Barb. Servidor.

Pas. ¡Ah! ¿Tú? ¿Qué tripa se te há roto?

Barb. Pues ná, que como se lo prometí, vengo a cumplírselo.

Pas. ¿El qué?

Barb. Lo de los anfiteatros.

Pas. ¿Qué anfiteatros?

Barb. Para mi ettreno.

Pas. ¡Ah, sí! Ya no me acordaba de esa estupidez. ¿Y cuándo estrenáis?

Barb. Mañana por la noche. ¿No ha visto usté unas tiras muy grandes por las esquinas en color amarillo canario que dicen...

Pas. ¿Qué dicen?

Barb. Que dicen que son una preciosidad de color, y que dicen...

Pas. ¿Qué dicen?

Barb. (Sacando del bolsillo un programa de mano y leyéndolo.) «Coliseo de la Torrecilla. Mañana a las diez estreno de la gansada en un acto y ocho cuadros, libro del probo cajista Mariano de Burgos, música del inspirado baulero de la

Plaza Mayor Edmundo Abajo, más conocido por Barbieri, titulada: «Aquí hacen falta garbanzos o rompemos los pucheros.» Butaca con entrada, veinticinco céntimos; general, quince, y una perra de paseo.» ¿Pues querrá usté creer que hoy han puesto un cartel en la taquilla diciendo que no hay butacas en el teatro?

Pas. ¿Pues dónde se las han llevao?

Barb. Si es que están vendidas.

Paula ¿De modo que está vendido el teatro? ¡Qué miedo!

Pas. ¿A ti quien te ha dao vela en este entierro?

Paula ¿A mí?

Pas. A usté, sí, señora. ¿O es que te has creído que no vas a ir al estreno por no haber butacas? Tú irás conmigo, pa que te convenzas de lo bruto que es ese Mariano.

Paula ¿Bruto?

Barb. Pero señor Pascual...

Pas. Un rinoceronte con gorra de visera.

Barb. Pues mire usté lo que son las cosas: él será muy bruto, que yo no seré quien lo discuta, pero la obra está muy bien hecha y tiene chistes de mucha gracia.

Paula Eso sí, porque yo me he reído con los que él me ha contado.

Pas. ¿Que te has reído tú? ¡Pues buenos serán ellos!

Paula Pues sí, señor. Hay algunos que tienen mucha gracia.

Barb. (Dice todo esto sin poder apenas hablar de la risa que le da.) Mire usté, hay una escena entre un palafrenero de pompas fúnebres y un cochero de lo mismo, que es revolcarse. Los dos son criados de una funeraria que se titula «Adiós para siempre» y se ponen a hablar de los llantos de la familia y de los gritos desgarradores de las viudas...

Pas. ¿Y dices que es para revolcarse?

Barb. Y para perder el conocimiento, sí, señor. Verá usté: el cochero le dice al de la federica que aunque muchas veces se le han desbocao los caballos, jamás ha matao al que iba en el coche. (En este momento se vuelve de espaldas a Pascual, que está sentado, y recibe una puntera que le hace dar un traspiés hacia la embocadura.)

Pas. Hombre, eso es una mentecatez.
Paula Pues mire usté, padre, no deja de tener gracia.
Pas. Bueno, ya oiréis la grita.
Barb. Y como yo he hecho seis números de música que son seis preciosidades, el éxito es seguro. El dúo de Casilda y Pepe se repite, en el coro de conspiradores me apuesto la cabeza y es de repetición el terceto de los abrazos y el del reloj es de repetición. Pero en el que me juego mi reputación de músico es en el terceto del segundo cuadro. ¡Qué inspiración! ¡Qué melodía! Diga usté, ¿está templada esta guitarra? (Coge la que hay colgada en la pared.)
Pas. Hombre, no sé; como está esto sin esterar...
Barb. Pues con su permiso les voy a dar una ligera idea. Claro que falta la orquesta y el público y los actores... pero ustedes se hacen cargo.

Música

Barb. Epifania.
Melitón.
¿Me quieres?
Sí.
(Hablado.)
¿Ha visto usté que sí más natural?
Pas. Sí.
(Hace unas falsetas.)
Barb. Oyeme si no eres sorda
o te voy a armar la gorda,
óyeme por compasión,
por compasión
o muere de penita, Melitón.
Pas. ¡Trapero!
Barb. El cariño que te tengo,
que me va a matar,
sabes tú que ni con goma
se puede borrar.
Paula ¡Qué bonita es esta parte
por su inspiración!
Pas. Como que le quita el tipo
al señor Bretón.
Barb. ¡Ay, Melitón!

Me tienes con cuidao,
por compasión
escapa de mi lao,
por compasión,
por compasión.
Mira que mi padre
pronto va a llegar,
y si te ve, te pega.
¿A mí?
A ti.
Tu padre a mí, mi padre a ti,
mi padre a ti, tu padre a mí,
tu padre a mí, mi padre a ti.
(Cantado.)
¡Ah, me has dao en mitad del corazón
una puñaladita a traición!
Pues con tal motivo
escucha una jota,
y verás tu padre
cómo se alborota.
Una jota dices,
entónamela,
porque eso me llena
de felicidad.
Siempre vengo como ves
a cantarte a tu ventana,
y esto que te canto es...
Pas. El dúo de la Africana.
Los tres Sal, niña, sal,
sal por favor,
que quiero ver
tu rostro de querube.
Ahí va el amor
embriagador
del trovador.
Ay, mira cómo sube.
Barb. Sal, que está la noche
que pela de frío;
sal, que está la noche
muy mal pa cantar.
Ay sal, ay sal, ay sal.
(Ad libitum.)
Sal, sal, sal, sal, sal, sal.
sal, sal, sal, sal, sal, sal,
sal, sal, sal, sal, sal, sal.
Pas. (Hablado.) ¡Valla un número salao!
Barb. Sal
Sal.

Hablado

Barb. ¿Qué les parece a ustés?

Pas. Que después de este número deben venir dos números más.

Barb. Vienen tres: el dúo, el...

Pas. No, si digo dos números de la benemérita pa llevaros al penal de Ocaña a ti, a tu colaborador y a los que berreen esa música que has cantado, que me ha levantao un dolor de cabeza que creo que la tengo hinchada. Bueno, yo me voy, que tengo que ir a recoger un par de botas que me han caío en una rifa que hacen unos frailes descalzos.

Barb. Pues yo le acompaño.

Pas. (A Paula.) Y tú, mucho ojo ¿eh? que como me entere que has bajao a la calle a hablar con el comediógrafo, te caliento. (Medio mutis.)

Paula Pierda usté cuidao.

Pas. (Volviendo.) ¡Ah! oye; si viene Cicerón el mudo, que me espere, que yo vuelvo en seguida.

Paula Sí, señor.

Pas. ¡Y poca conversación! (A Barbieri.) ¿Vamos?

Barb. Vamos. Me parece que usté no se ha fijao en ese motivo que hace tra la la...

Pas. Pues no me he de fijar en ese motivo, si es el motivo de la jaqueca que llevo. (Mutis los dos.)

Paula ¡Dios mío, que guste la obra, que sea un éxito tan grande como aquella que yo ví que se titulaba: *Hugo de Montreux*, porque entonces... ¡Ah! entonces cambiaría de opinión mi padre y la madre de Mariano con la alegría quizá modifique su carácter. Santa Rita bendita, te ofrezco dos manos de cera en acción de aplaudir si salen a escena veinte veces Mariano y Barbieri. (Queda arrodillada y medio llorosa y aparece en la puerta de la derecha Mariano, que la llama en voz baja.)

Mar. Paulita.

Paula (Levantándose y yendo a él.) Mariano, ¿te ha visto mi padre?

Mar. No; vi que salía con Barbieri y me metí en la cerrajería hasta que se perdieron por la calle arriba. Paulita, tenemos que hablar

mucho y rápidamente; esta situación no puede continuar.

Paula — Pero hablar aquí... ¿y si mi padre vuelve?

Mar. — No temas; Erizo está al cuidao y me avisará.

Paula — ¡Ay, Mariano de mi alma! ¿Por qué esa oposición de nuestros padres a este cariño?

Mar. — No lo sé; quizá el odio que se tienen. Los dos piden en el mismo sitio hace veinte años, y cuando a mi madre le echan cinco céntimos en el platillo, a tu padre se lo llevan los demonios, y cuando se los echan a tu padre, mi madre brinca de coraje. Esa es toda la historia.

Paula — Pues esto no tiene arreglo.

Mar. — Sí lo tiene, y a eso vengo. Mira, Paulita, mañana estrenamos.

Paula — Ya lo sé. Y si vieras qué zozobra tengo...

Mar. — Calla tonta; si la obra es un éxito como esperamos, Barbieri y yo, pasado mañana se la vendo al empresario en trescientas pesetas. Y con ellas nos vamos a Morata de Tajuña a casa de un tío mío, que es párroco; allí te deposito, y ya veremos lo que pasa.

Paula — ¡Ay, Mariano de mi vida, que guste mucho, que te den las trescientas pesetas y a Morata!

Mar. — ¡Ah! No lo dudes, Paulita mía; el éxito va a ser loco. Ahora, que si no gustara... ¡Si no gustara!...

Paula — ¿Qué? No me asustes.

Mar. — ¡Si no gustara!... Bueno, ya te enterarías. (ERIZO entra corriendo por la derecha.)

Erizo — ¡Señor Mariano!

Mar. — ¿Qué pasa?

Erizo — Su madre de usté, que por lo visto le han soplao que está usté aquí, y viene con un gesto como pa invitar a un amigo.

Mar. — ¡Caracoles!

Paula — ¡Ay, Mariano, que no te vea, que es la ruina!

Mar. — Bueno, ¿y qué hago? ¿Dónde me escondo?

Paula — ¿Esconderte? Registraría toda la casa; además, si no hay más que esta sala, la alcoba y la cocina.

Mar. — Bueno, esto no es vivir.

Paula — ¡Ah! Ya sé. Toma. (Le da el capote, el sombrero, las barbas, las gafas y el garrote que va sacando del baúl.) Ponte todo esto deprisa, anda.

Erizo Yo le ayudo a usté; a mi estas cosas me vuelven loco.

Paula Así se creerá que eres un amigo de mi padre que lo está esperando.

Erizo ¡Caray! Si se parece usté a Cicerón el mudo. ¡Qué risa!

Paula Pues me has dado una idea. Calla, que me parece que viene. (A Erizo) Tú, largo. (A Mariano.) Y tú, ya sabes que eres mudo, ¿eh? (Mutis Erizo.)

Mar. (Sentándose disfrazado con todos los objetos citados.) Aunque no lo fuera, no hablaría una palabra.

Paula ¡Quieto! (Aparece CIRILA en la puerta y Paula le habla a Mariano a gritos tratando de disimular.) No, si ya no puede tardar; me dijo mi padre que lo esperase usté que él venía en seguida. ¿Me oye usté? (Mariano asiente) De modo que por mucho que tarde...

Cir. ¿De manera que no está tu padre?

Paula No, señora.

Cir. Pero, ¿a que está el charrán de mi hijo?

Paula ¡Su hijo!

Cir. ¡Caray! Pues vaya una extrañeza. (Imitándola.) ¡Su hijo! Pues claro, mi hijo, Mariano de Burgos, tonto desde que dió el primer alarido; y más tonto desde que tuvo la inmensa desgracia de conocerte a ti.

Paula ¿A mí?

Cir. A ti, rica; conque .. dile que salga si no quiere que le pesque yo con este anzuelo. (Sacando el vergajo.)

Paula Seña Cirila, le juro a usté que aquí no ha venío más que este sordo-mudo que está esperando a mi padre.

Cir. Bueno, dile que salga.

Paula Pero seña Cirila...

Cir. Que salga o hay aquí una semana trágica.

Paula Entre usté conmigo y se convencerá.

Cir. Pues a eso vengo a convencerme; ahora, que no te pille de susto, ¿eh? La paliza que le voy a dar, no se la da nadie más grande por dos mil pesetas.

Paula Pase usté. (Entran las dos por la izquierda y al pasar por delante de Mariano le hace señas de inteligencia.)

Mar. (Apenas entran Cirila y Paula se levanta rápidamente; tira dentro del baúl la barba, capa, gafas, sombre-

ro, etc., etc., y dice.) Pues sí que viene amorosa mi madre. No, pues lo que es una paliza de ese precio no me la da a mí. (Mutis a la calle.)

(La escena queda sola, oyéndose a Cirila y Paula hablar dentro.)

Paula ¿Está usté convencida?

Cir. Echa abajo ese colchón, que pué estar escondío entre la lana.

Paula Pero, ¿también el colchón?

Cir. Abre esa ventana.

Paula Pero si por ahí no puede salir ni el gato.

Cir. Abrela, que yo me convenza.

(Entran por la derecha CICERÓN y BIZCORRO.)

Cic. (Mudo, solo emite sonidos inarticulados que se parecen mucho a un mugido.) ¡Humm!

Biz. ¡Santas y mártires! Pase usté, señor Cicerón, que no hay nadie.

Cic. ¡Humm!

Biz. (Acompañándolo hasta dejarlo sentado en el sillón en que antes estuvo Mariano.) Bueno, ya que está usté aquí le dejo, que tengo que acompañar a mi madre a las Redentoristas que va por el socorro de una enagua.

Cic. ¡Humm!

(Bizcorro hace mutis por la derecha y por la izquierda salen CIRILA y PAULA.)

Paula ¿Vamos, se ha convencido usté?

Cir. Así, así; pero no te encargo más que una cosa, que si viene el granuja de mi hijo le des este recao; que yo estoy merodeando por estos contornos y que si lo vislumbro por aquí no vuelve a hacerle más libros a Barbieri.

Paula Descuide usté, señá Cirila.

Cir. (A Cicerón.) Vaya, que usté lo pase como es debido. (Cicerón la saluda. Cuando va marchando hacia la puerta dice aparte.) Ese charrán ha venío; pero, ¿dónde se habrá metío? Quiza en casa de algún vecino. (Ya en la puerta y a gritos a Paula.) Conque no se te olvide decirle eso, ¿eh?

Paula Sí, señora.

Cir. ¡Que lo lisio! (Mutis.)

Paula Si, señora... (Supone que Cirila la saluda desde el pasillo.) Adiós. ¡Ay, qué zozobra, Virgen María! (Desde la puerta a Cicerón.) Anda tú, quítate esa ropa y vete.

Cir. (Desde dentro y lejos.) ¡Que lo lisio!

Paula Sí, señora, sí. (Acercándose a Cicerón.) Anda,

hombre, anda; ya lo has oído que te lisia. Quítate eso y escapa. Pero, ¿no me oyes? ¡Mariano!

Cic. ¡Humm!...

Paula ¡Pero Dios mío, si este hombre no es Mariano. Este tío es Cicerón, el que espera mi padre. Pero, ¿y Mariano? Debe haberse ido al entrar el tío Cicerón; porque claro si sale su madre y se encuentra con dos... Voy a ver si desde la ventana lo veo en lo alto de la calle como otras veces. (Mutis por la izquierda.)

(Aparecen por la derecha CIRILA y BIZCORRO.)

Cir. ¿Pero estás tú seguro?

Biz. Sí, señora; ese que está de espaldas haciendo la comedia de que es Cicerón; ese es.

Cir. ¡Ay mi tara-tara-tara-buelo!

Biz. Yo le he ayudao a disfrazarse; lo he visto con estos, ya ve usté si estaré seguro.

Cir. Bueno, toma lo ofrecido y ahueca que a este mudo le hago yo hablar ahora. (Le da unas perras y Bizcorro se va corriendo. Cirila se levanta las faldas y saca el vergajo.) Lo primero la goma arábiga. (Adelanta pausadamente, llega a Cicerón y le da suavemente en el hombro con el vergajo.)

Cic. ¡Humm!

Cir. Hola, hombre, ¿qué hay?

Cic. ¡Hummmmm!

Paula (Saliendo.) ¿Quién? ¡Ah! ¿usté otra vez?

Cir. Yo, servidora, una humilde servidora. Pues na que lo he reflexionao y he vuelto. ¡Cosas!

Paula No la entiendo a usté.

Cir. Tú no me entenderás, pero este infeliz, demasiao que me entiende. ¿Verdá que me entiendes, rico?

Cic. ¡Humm!

Cir. ¡Sí, sí, ¡Humm!... ¿De modo que decías que mi vástago no había venío?

Paula Y no ha venido, no, señora.

Cir. ¿Conque no? (Yendo a Cicerón decidida y dándole un papirotazo.) ¡Echa pa alante!

Cic. ¡Hummm!...

Cir. Que eches pa alante o te arreo un vergajazo que te eslomo.

Cic. ¡Humm!...

Cir. (A Paula.) Oye, dile tú por las buenas que se vaya a la calle conmigo; aquí no quiero armar escándalo porque nó es mi casa, pero en la calle... en la calle...

Paula Pero, señá Cirila, que está usté obcecá, que este hombre es Cicerón que viene a buscar a mi padre.

Cir. ¡Conque Cicerón! ¿Y te crees que soy tan tonta que no veo que esta barba es postiza? (Le da un tirón de la barba y Cicerón se queja con un grito.)

Paula Que no señora, que no es su hijo.

Cir. ¿Conque no? (Le da otro tirón y Cicerón lanza otro grito.) ¡Caray! ¿conqué se la habrá pegao?

Paula Señá Cirila que está usté equivocá.

Cir. ¿Equivocá? Tu verás cómo al primer vergajazo rompe a hablar. (Se dispone a pegarle.)

Paula (Interponiéndose.) ¡Señá Cirila, por Dios!

Pas. (Entrando.) ¿Pero qué es esto? ¿A qué ha venío usté a esta casa?

Cir. ¿Que a qué he venío? A devolverle el habla a ese pobrecito mudo.

Pas. ¿Al tío Cicerón?

Cir. ¡Cicerón! Es usté más primo que un coleccionista de sellos. Ese charrán que se ha disfrazao con unas ropas que tenía usté en ese baúl, pa dársela a usté con fromage, es mi hijo.

Pas. ¡Su hijo!

Paula ¡No, padre, no!

Cir. Sí, padre, sí... Me lo ha dicho el chico que le ha ayudao a ponerse esas porquerías.

Pas. Pues está que es un calco. ¿De modo que es Mariano? Pues con el permiso de usté, le voy a dar una bofetá que pa quitarse la barba se va a tener que afeitar.

Paula Padre, mire usté lo que hace que...

Pas. La que debe mirar lo que hace eres tú, mala hija; y en cuanto a ti. (A Cicerón.) Toma. (Le da una bofetada.) y toma. (Un puntapié.)

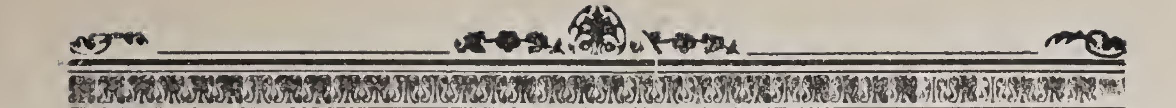
Cir. Duro; y ahora yo. (Cicerón corre por la escena seguido de Pascual y Cirila que le ván atizando.)

Pas. ¡Canalla! (Le da un puntapié.)

Cir. ¡Mal hijo! (Un vergajazo.)

Cic. (Desesperado ya y al llegar al centro se vuelve y enarbolando el garrote dice.) ¡Vaya esto se ha acabao! (Se lía a darle golpes a todos indistintamente. Cirila se sube en un baúl. Paula corre a esconderse y Pascual se tapa con una silla. Y formando cuadro cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Telón a dos cajas; en el centro la fachada del Coliseo de la Torrecilla; a derecha e izquierda continúa la calle. Las ventanas de los lados y la puerta del centro sin practicables. La taquilla está cerrada, y sobre ella colocado un cartelón, en letras gordas, en el que se lee: NO HAY BILLETES PARA EL ESTRENO. En un sitio conveniente de la fachada unas tiras, que digan: COLISEO DE LA TORRECILLA.—AQUÍ HACEN FALTA GARBANZOS O ROMPEMOS LOS PUCHEROS Son las once de la noche.

—

(Al levantarse el telón aparece la escena sola; momentos después asoma la cabeza por la primera caja de la derecha BARBIERI, y sale poco a poco, pálido, desencajado, y dicé, dirigiéndose al público y tomándose el pulso:)

Barb. Yo debo tener treinta y nueve y décimas... ¡Dios mío, qué pasará ahí dentro! Me dijo Peláez que habían aplaudido con locura la sinfonía.
(Sale por la puerta del foro, o sea la del teatro, REQUENA; es un tabernero de al lado, con mandil, etcétera, etc. Al verlo le dice Barbieri:) ¡Hombre, Requena, ¿qué? ¿Cómo va eso?

Req. Bien, hombre, bien; no estés tan nervioso.

Barb. No puedo, Requena, no puedo.

Req. Lo que debes hacer es irte al café, que ya te avisarán.

Barb. Sí, es lo mejor, y eso que ya me llevo tomados cinco cafés, y estoy que pa sentarme me

van a tener que atar. ¿De modo que dices que va bien?

Req. Sí, hombre, sí.

Barb. Pues me voy, no vaya a traer la mala pata... (Haciendo mutis saltando.) Un éxito, lo que yo he dicho, un éxito... (Saltando.) ¡Caracoles! Cómo estoy del caracolillo. (Hace mutis.)

Req. (Viéndole marchar.) ¡Pobre iluso! ¡Y cualquiera le dice que se están metiendo con la obra! ¡Le han dao tres meneos, que pa mí que se ha resentido el edificio! (Suena dentro otro pateo y silbidos.) ¡Anda, miá si se espera un poco! Vaya, voy a la tienda. (Hace mutis por la izquierda y se oye otro pateo, y seguidamente otro más fuerte, seguido de aplausos, pitos y gritos de ¡fuera! Se abre la puerta del teatro y aparecen dos GUARDIAS; sacan a empujones a tres tipos chulos, que sacan cada uno un garrote colosal. Son tres REVENTADORES de oficio.)

Guar. 1.º Anden ustés pa alante.

Rev. 1.º ¿Pero es que un papelito que dice anfiteatro principal no da derecho a la protesta de una majadería como la que nos están colocando?

Guar. 2.º No, señor.

Rev. 2.º Pero, oiga usted, guardia. ¿A usted le ha gustao lo que va del estreno?

Guar. 2.º A mí, no.

Rev. 3.º ¿Y a usté?

Guar. 1.º A mí, menos.

Rev. 1.º ¿Pues a qué viene esta coacción?

Guar. 1.º Viene a que a ustedes los conozco como reventadores de oficio.

Los tres Y a mucha honra. (Dan con los bastones en el suelo.)

Guar. 2.º Bueno, pues como intenten ustedes entrar otra vez, van a la Comisaría. Anda, Pedro.

Guar. 1.º Buenas noches. (Hacen mutis los Guardias al teatro.)

Rev. 1.º (Avanzando al público.) Mientras se escriban estas idioteces, servidor... (Da con el bastón.)

Idem 2.º (Igual juego.) Y servidor...

Idem 3.º (Igual juego.) Y servidor...

Los tres De acuerdo.

Música

Los tres
El dar con el bastón
es toda mi ilusión,

y he dado más pateos
que fideos
dan por un millón.
Silbar y patear
qué dulce bienestar,
no hay un placer mayor
que protestar
pa un servidor,
y luego con furor
pedir la tete del autor.
Hoy se estrena cada atrocidá
que dan ganas de emigrar de aquí,
y marcharse a Bogotá
o a Misurí,
o a Panamá
o a Potosí,
y no son una ni diez, ¡pardiez!,
que se estrenan cerca de un millón
y ante todo ese aluvión
hay que atizar
sin compasión.
Pa Jacinto.
(Tres golpes a tiempo con el bastón, en el suelo.)
Pa Quintero. (Idem.)
Pa Linares. (Idem.)
Pa Sinesio. (Idem.)
(Muy indignado.)
La zarzuela y el sainete,
la revista y el juguete
no se pueden aguantar.
(Muy melosos.)
La opereta sí
que me gusta a mí;
(Indignados.)
Luna, Vives y Quinito
no merecen más que el pito
y gritarles sin parar. (Golpes con el bastón.)
Y que viva Franz Lear.
(Golpes de bastón y pitos como se indica en la partitura. Mutis.)
(Vuelven a salir los GUARDIAS. Dentro vuelve a iniciarse la grita.)

Hablado

Guar. 2.º ¡Señores, qué obrita!
Idem 1.º Es una tontería más grande que el Parque del Oeste.

Idem 2.º ¡Y que arrecia de verdad!

Idem 1.º ¡Mi madre, qué escándalo! Menos mal que este cine tiene, amén de la puerta principal, cuatro salidas por las laterales, que si no, esta noche hay ahí una tragedia.

(Voces dentro; gritos, silbidos; de pronto suena un tiro; las puertas se abren violentamente y sale un tropel de gente, otros se descuelgan por las ventanas; gritan llamando a sus hijos, otros á sus padres. Se oyen por las laterales gritos también, por donde se supone que sale la mayor parte del público.)

Guar. 1.º ¡Mi madre, qué erupción!

Idem 2.º Por aquella puerta se van a hacer papilla.

Idem 1.º Vamos allá. (Mutis por la izquierda de los Guardias. De los últimos en salir son CIRILA, PAULA y PASCUAL.)

Cir. ¡Guardias, guardias! ¡Pero no hay por aquí ni un guardia, ni una persona decente!

Pas. ¿Qué se le ofrece a usté?

Cir. ¿Pero no ha oído usté que lo que yo busco es una persona decente?

Pas. ¿Y yo qué soy?

Cir. ¡Un creminal! ¡Un sirvergüenza que se ha estao usté burlando toa la noche!

Pas. Yo solo, ¿verdad?

Cir. Usté y cuatro bandidos como usté.

Pas. (A Paula.) ¿Pero ves esta ilusionista? Pues no dice que cuatro y gritaban hasta los bomberos...

Cir. Pues no es pa eso; no, señor.

Pas. A mí no me ha hecho de reir ni un momento.

Cir. Porque a usté no le hace reir más que don Gonzalo...

Mar. (Saliendo.) ¡Dios mío, qué habrá pasado!

Cir. (Viendo a Mariano y abriendo los brazos.) ¡Mariano, hijo!

Mar. (Abrazándola.) ¡Madre mía!... (Dándole a Paula la mano con mucha emoción.) Paula...

Paula ¡Mariano!...

Mar. ¿Qué, ha gustado?

Pas. (Aparte.) ¡Pobrecillo, no sabe nada!

Mar. ¿Ha gustao, Paula? (Ligera pausa.)

Cir. A mí me ha gustao una barbaridá.

Paula Y a mí, Mariano.

Mar. Pero, por Dios, díganme ustedes lo que ha pasado; señor Pascual...

Cir. Pues mira, la verdá; yo te voy a decir la

verdá monda y lironda, que pa eso soy tu madre, ¡rediezla! Verás: tocaron el primer número y hubo un aplauso.

Pas. La clá.

Cir. Bueno, y un guasón, dijo: «que no se repita la sinfonía, que ya la hemos oído en el *Conde de Luxemburgo*».

Mar. ¡Pobre Barbieri!

Cir. En seguida se levantó el telón y apareció la Cibeles, y hubo un aplauso.

Pas. La clá.

Cir. Y llamaron al pintor.

Mar. ¿Y salió?

Pas. No salió porque le llamaron una cosa muy fea.

Cir. Y en esto, uno de la galería hace el gato.

Mar. ¡Miserable!

Cir. Y va el tío Pascual y le da una perra gorda.

Mar. ¿Pa qué?

Pas. Pa cordilla.

Mar. (Emocionado y sin saber lo que hace abrazando a Pascual.) ¡Gracias, tío Pascual; muchas gracias.

Pas. Hombre, es que las injusticias me pudren. ¿De dónde había motivo pa hacer el gato? Debieron hacer el cerdo, que es más estridente.

Cir. Mira, hijo, no hables con caballerías, que dan coces. Oye, todo iba bien hasta que salió aquel calvo vestido de gallo.

Mar. ¡Ah, sí, la escena tauromaca!

Cir. Y va un guasón, que estaba al lao del tío Pascual, se pone las manos en la boca, las ahueca, y dice: «¡Kikiriki»!...

Paula Y va mi padre y le dice: «a cacarear se va usté a los Cuatro Caminos».

Pas. Y va y me replica aquel camello: «Lo que hago yo en los Cuatro Caminos es comerle a usté los hígados».

Cir. Y va el tío Pascual y le da un puñetazo en un ojo.

Paula Y va aquel salvaje y dispara un revólver.

Pas. ¿Y pa qué te vamos a contar?

Cir. Lo que pasó en Verdún fué un ligero escarceo.

Mar. (Con amargura, dándose cuenta del fracaso.) ¡Dios mío!

Paula ¡Mariano! (Como queriéndole consolar.)

Cir. (Lo mismo.) ¡Hijo!
(Hay una pequeña pausa y salen, por donde hicieron mutis, BARBIERI y REQUENA.)

Req. Vamos, hombre, no te amilanes.

Barb. Bueno, ¿pero por qué corría la gente?

Req. Porque era tarde y tenían prisa. Ahí te quedas. (Mutis.)

Barb. Buenas noches. ¡Dios mío! ¿ Qué habrá pasado?

Pas. Hola, hombre; sea enhorabuena.

Barb. (Se arrodilla, se pone en cruz y dice en el colmo del entusiasmo.) ¡Un éxito! ¡Gracias, santísima Virgen del Socorro! Mañana te llevaré las manos.

Pas. Pero, ¿qué haces, Beethoven?

Barb. Y además de las manos, cuatro velas. (Se persigna y se levanta.) Bueno, bueno, cuéntenme ustedes. ¿De modo que una cosa de vértigo?

Pas. ¿De vértigo dices? ¡Ni soñada!

Cir. Y luego con el entradón que había, porque esta mañana ya no quedaban butacas.

Pas. No, ni esta noche.

Barb. Eso lo leí yo: «ya no quedan butacas».

Pas. Ni palcos.

Barb. Lo de los palcos no lo leí.

Pas. Pues no quedan palcos.

Barb. ¿No?

Pas. Ni bastidores.

Barb. ¿Qué?

Pas. Ni bambalinas, ni cuartos de artistas, ni techo.

Barb. Pero, ¿es que se está usté pitorreando?

Pas. ¿Pitorreando? Eso, que por fuera parece un teatro ..

Barb. Sí.

Pas. Pues son las ruinas de Pompeya.

Barb. Pero, ¿por qué? ¿Qué ha pasado, qué ha ocurrido?

Mar. Un horror, Barbieri; nos han dao una grita que se recordará dentro de cuatro siglos.

Barb. ¿Pero a la música también?

Mar. A la música, al director de orquesta y a los atriles. (Como tomando una resolución.) Bueno, pues, Paula, adiós ,hasta mañana.

Paula ¿Dónde vas?

Mar. Adiós, madre.

Cir. Pero, ¿te marchas?

Mar. Adiós, tio Pascual.

Todos Pero...

Mar. No, no se preocupen ustedes por mí. Adiós, Paula mía; adiós todos. (Todo esto lo dice con una gran emoción y con un tono que alarma a todos, y desaparece rápidamente.)

Cir. ¡Pero Mariano!

Paula ¡Mariano!

Pas. ¡Mariano!

Barb. ¡Caray! Ese chico, yo no sé, pero... ¡Mariano! ¡So loco; oye, Mariano! Nada, que se ha ido.

Cir. Pero, ¿adónde?

Barb. ¡Dios mío! ¡Ah, sí! Justo, lo que me dijo. Como me la griten... ¡Ah, sí!... (Muy agitado.)

Pas. Pero, ¿qué dices?

Barb. Y es capaz de hacerlo.

Cir. ¡Habla, por María santísima!

Barb. Pues sí, no hay más remedio, yo lo digo. Seña Cirila, Paulita, tío Pascual... Mariano ha ido a suicidarse.

(Paulita da un grito y se desmaya en brazos de Barbieri. Cirila da otro y cae en los brazos de Pascual.)

Barb. ¡Atiza!

Pas. Pero, hombre, has dao la noticia así, tan de sopetón...

Barb. Pero si ustedes eran los que me apremiaban para que hablase.

Pas. Pero ya podías haberlo dicho antes.

Barb. ¿En qué quedamos?

Pas. Si lo dices antes, no hubiéramos dejao que se marchara. ¡Pobre muchacho! ¿Y tú sabes el lugar que había escogido pa la tragedia?

Barb. No sé; unas veces hablaba del Canalillo, otras del Manzanares y otras del estanque del Retiro.

Pas. Pues como no cojamos un aeroplano...

(Cirila vuelve en sí y creyendo que Pascual es su hijo, lo abraza fuertemente.)

Cir. ¡Hijo mío de mis entrañas! ¡Mariano!

Pas. Aprovéchese usté, señora.

Cir. (Dándose cuenta de que es Pascual.) Pero, ¿qué es esto? ¡Mariano! ¿Dónde está mi hijo?

Paula (Volviendo en sí también.) ¡Mariano!

Cir. (Dando voces.) ¡Pronto! ¡Mi hijo! ¡Hay que encontrarlo!

Pas. No se apure usté, que este me ha dicho los sitios y distribuyéndonos, puede que lleguemos a tiempo. Tú al Canalillo. Tú al Man-

zanares, y nosotros al estanque del Retiro Ahora que antes voy a casa a mudarme de sombrero.

Todos ¿Por qué?

Pas. Porque a esos sitios hay que ir con canoa. (Telón.)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Telón que representa un trozo cualquiera del Retiro. En primer lugar un banco de madera. Es de día.

—

(Al empezar el cuadro el GUARDA está sentado en el banco leyendo un periódico, y a su lado ULPIANO, que es un vendedor de molinos y banderas, que tiene en el suelo y a su lado la cesta con su mercancía.)

Guarda (Leyendo.) «El señor Presidente del Consejo, al recibir ayer a los periodistas, les manifestó que lamentaba mucho que siguiera la escasez del carbón, y que si mañana no llega el que se espera, tiene tomadas sus medidas para que el conflicto se solucione con leña.»

Ulp. Pues eso es lo que está haciendo falta; pero no esa leña a la que se refiere el señor Presidente, sino a la otra, la del aticen.

(En un reloj de torre dan los cuatro cuartos y la una.)

Guarda ¡La una ya! Y esa sin traerme la comida.

Ulp. Y que como ese reloj del Hospital del Niño Jesús se oye tan bien, su mujer no se puede descuidar cinco minutos.

Guarda Ya debe estar al llegar, porque esto de los gabrieles es muy sagrao, y por cá minuto que se retrase, le doy luego un mamporro.

Ulp. (Al oir un murmullo dentro.) Oye, ¿qué pasa?

Guarda Es ese frescales que se viene aquí todos los días y me trae revuelto al público infantil.

Ulp. Gachó qué desparpajo. Yo no hacía eso ni aunque me regalaran la Equitativa.

(El Guarda y Ulpiano hacen mutis. Por la derecha sale el Hombre Anuncio, seguido de Chicos, Criadas y

Niñeras. El Hombre Anuncio sale vestido de frac y lleva un cartel en la espalda anunciando cualquier cosa No habla ni se conmueve por nada y lleva siempre la mirada perdida y un brazo extendido y con un dedo señalando al infinito.)

Música

Transeuntes y Chicos

Mirad su cara rígida,
mirad su cuerpo estático;
mirad, mirad.
¡Oh, qué inmovilidad!
¡Oh, qué pasividad!
¡Oh, qué barbaridad!
Parece un monigote de madera
y es una fresquera;
pues es visto de frente y por detrás
más fresco que la Fábrica del gas.
¡Ay, mucho más!, ¡ay, mucho más!
Parece muy simpatico,
más debe estar famélico.
¡Caray, caray!,
cuando se va por ahí,
expuesto a un guirigay
o a que le den un jay
al lado de este tipo que es de barro
se coge un catarro,
pues es visto de frente y de perfil,
un punto más frescales que un edil.
Cuidado,
desgraciado,
que no ves,
no te des
un traspiés;
a este tío no le inmuta un terremoto
ni la trágica bocina de una moto,
ni el amago de atropello de un expres.

Chicos (Formando corro a su alrededor.)
Pues nosotros ahora mismo
vamos a hacerle saltar
y con todo su cinismo
lo veremos vacilar.

Todos Pues nosotros ahora mismo,
etc., etc.

Uno (Hablado.) Oye, tú, Restituta, saca eso que te hemos dicho, a ver qué efecto le hace.

(Una Ama de cría que lleva un niño mamando, se pone

frente a él, se quita el niño del pecho y se supone que le enseña el restaurant. El Hombre Anuncio no hace el menor caso.)

Todos (Música.)

Viruta,
Recalcuta,
qué bribón,
qué guasón,
qué melón,
no ha hecho efecto, Restituta;
a este tío no le inmuta
ni un balón,
ni un balón.

(Con la música hacen mutis todos. Los chicos cogen piedras del suelo y se las arrojan sin poder lograr que el Rígido se estremezca; y a poco salen por la derecha PASCUAL, trayendo desmayada en sus brazos a CIRILA.)

Hablado

Pas. Se me ha privao, vaya un compromiso... Y parecía que estaba tan esmirriada, pues pesa lo suyo. Esta mujer, por engañar, hasta engaña en el peso. ¡Ay! Gracias a Dios que encuentro un banco. (La deposita en el banco y da un suspiro al verse libre de la carga.) ¡Ajajá! ¡Señá Cirila! ¡Señá Cirila! Quiá, no vuelve, no vuelve y está arrebatada. A esta mujer le va a dar una congestión; le voy a aflojar un poco la blusa. (Al aflojarle la blusa, tropieza con algo que le asoma por entre el cuello.) ¿Qué le asoma por aquí? (Tira del extremo que ha cogido.) ¡Mi madre! Un calcetín. ¿Qué llevará aquí esta mujer? (Mete la mano dentro.) ¡Mi carcomida abuela! ¡Dos medias pesetas! Vamos, esta tía esta perturbada. Mira que llevar dos medias en un calcetín... A ver si tiene algo más... Nada. ¡Caray! (Ha tropezado con el extremo de una media y tira de ella hasta sacarla.) ¡Una media! (Mete la mano en ella y saca el contenido.) ¡Billetes! Y de mil, y bastantes. ¡Recontra, esta tía es riquísima! Bueno, tó esto antes de quince días es pa un servidor. Y con las medias de esta me pongo yo las botas. Lo volveremos a dejar todo como estaba pa que no note... (Metiendo el calcetín en el pecho.) El calcetín. (Metiendo la media. En este momento

el reloj de torre da una campanada.) La media. Bueno, parece que tengo una cuenta corriente; porque no he hecho más que llegar al banco y sacar dinero. ¡Señá Cirila!

Cir. ¡Ay!

Pas. Ya vuelve, ya vuelve.

Cir. ¡Ay! ¿Dónde estoy?

Pas. En el Retiro, señá Cirila.

Cir. ¿Quién? ¡Ah! Mi hijo muerto, mi hijo suicidao.

Pas. Vamos, señá Cirila.

Cir. (Airada.) ¡Déjeme usté en paz!

Pas. Hombre, muy bonito. ¿Así es como me paga usté el haberla traído en brazos hasta aquí, y haber evitao que la cogiera un cangrejo en la Plaza de la Independencia? Por supuesto, eso es lo que yo debía haber hecho, so tía perra.

Cir. ¿Que yo me he caído?

Pas. Sí, señora.

Cir. (Cada vez más excitada.) ¿Y me iba a atropellar un cangrejo?

Pas. Sí, señora.

Cir. ¿Y usté me ha traído en brazos?

Pas. Amorosamente.

Cir. (Furiosa.) ¡Repítalo usté!

Pas. (Temeroso de que le muerda.) Yo la he traído.

Cir. (Lo besa con la estupefacción de Pascual y luego se separa de él.) Perdóneme usté; pero estoy loca, loca; hágase usté cargo. Mi hijo sin parecer, muerto seguramente. Esto es horroroso, horroroso.

Pas. Bueno, bueno, yo creo que usté exagera. Ya sabe usted que hemos recorrido todas las Comisarías y Casas de Socorro, que hemos leído la prensa de esta mañana y que no hay ni la más ligera indicación de ningún suicidio; y es más me atrevo a asegurarle una cosa.

Cir. ¿Qué?

Pas. Que no se ha matao; eso casi me atrevo a jurárselo a usté.

Cir. ¡Ay! Con esas palabras devuelve usté la tranquilidá a mi espíritu. Que Dios se lo pague. No le creí a usté con tan buen corazón.

Pas. Como que en tocante a tener péndulo cardíaco, no hay quien me gane. Y mire usté

lo que son las cosas; hoy precisamente he cambiao la opinión que de usté tenía yo formada. Hoy la he visto a usté llorar, cosa que no había visto en veinte años, y me he dicho: esta mujer tié lo suyo dentro del pecho.

Cir. Más de lo que usté se cree.

Pas. (Aparte.) Esta tía tiene otra media.

Cir. Sí, señor, y que le conste a usté, que yo sé sentir y querer; pero querer mucho.

Pas. (Aparte.) Yo la abordo. (Muy meloso.) Señá Cirila.

Cir. ¿Qué?

Pas. ¿Es verdá que está usté casada con el que está en el otro mundo?

Cir. ¿Con aquel charrán? Maldita sea su vida, ladrón, más que ladrón.

Pas. Pero está usté casada, ¿sí o no?

Cir. Sí, señor. (Ruborosa.)

Pas. ¡Casada, maldición! (Fingiendo un acento muy dramático.)

Cir. ¿Pero es que se está usté befando?

Pas. No es befa, no; y líbreme Dios de befarme. Es un ardiente amor que ha nacido hace veinticinco minutos.

Cir. ¡Qué raro! ¿Hace media hora?

Pas. Por la media le va.

Cir. ¿Y ha sido una servidora la que le ha inspirao esa pasión?

Pas. Usté, usté, señá Cirila.

Cir. ¿Yo? ¡Repítalo usté!

Pas. (Aparte.) Lo repito y me besa. (Alto.) ¡Usté! (Cirila le da una bofetada.) ¡Mi madre, qué *papillote* me ha atizao! ¡Pero señá Cirila!...

Cir. Usté se llega ahí al paseo de las estatuas y se chufla de Doña Berenguela si gusta; pero de una servidora, ni usté, ni los hermanos Pinzones.

Pas. ¿Pero quién se ha chuflao de usté?

Cir. ¡Ah! ¿Pero eso de la pasión era en serio?

Pas. En serio, Cirila, en serio. Un amor temprano, pero que no dejaba de ser avasallador por ser temprano. Ahora, que es tarde.

Cir. ¿Tarde?

Pas. Sí, tarde, porque es usté casada.

Cir. ¿Y quién le ha dicho a usté que soy casada, so tío lioso?

Pas. Usté misma.

Cir. ¿Pero qué quería usté que le dijera? ¡So panoli!

Pas. ¡Ah! Sí, me percato. ¿Entonces el dramaturgo... es hijo de un momento de debilidad?

Cir. Es natural.

Pas. Es natural. ¿De modo que a ese chico le hace falta un apellido?

Cir. Sí, señor.

Pas. Bueno; pues yo tengo un Camino.

Cir. ¿Pa qué?

Pas. Pa que el comediógrafo pueda ponerse en los libretos sin ningún sonrojo: original de Mariano Camino, etc., etc., el apellido de usté.

Cir. No puede ser; porque yo me llamo Cirila de Burgos, y si con el frío que hace ponemos al chico Camino de Burgos, se me hiela.

Pas. Ha tenío usté un golpe de Casa de Socorro. Chócala, de Burgos.

Cir. Ahí va, Camino.

(Se estrechan las manos y dentro se oyen las voces de Barbieri y Paulita.)

Barb. ¡Tío Pascual!

Paula ¡Tía Cirila!

Pas. ¿Eh?

Cir. ¿Quién llama?

Barb. ¡Tía Cirila!

Paula ¡Tío Pascual!

Cir. ¡Ah! Ellos son.

Pas. Paulita y Barbieri.

Cir. ¡Solos! Vienen solos, sin mi Mariano.

Paula ¡Ay, padre! ¡Ay, señá Cirila!

Barb. Yo no puedo más.

Cir. ¿Qué? ¿Y mi hijo?

Pas. ¿Y Mariano?

Barb. No hemos dao con él y me he gastao en tranvía los derechos de la primera representación.

Paula ¿Y ustedes, por lo que veo, tampoco han dao con él en el Retiro?

Pas. Hombre, te diré; no lo hemos buscao porque aquí la señora tuvo a bien desvanecerse. Pero, ¡quia! tampoco estará por aquí.

Cir. A ver si ese desgraciao ha tomao el tren y ha ido a matarse al Escorial.

Pas. ¿Pero es que tienen ustedes allí panteón de familia?

Cir. No; pero como era admirador de Felipe II, y ese chico está algo loco... Vamos a buscarlo.

Paula Vamos, vamos.

Cir. ¡Un milagro, un milagro!

(Sale el GUARDA liándose un pitillo.)

Pas. Hombre, este guarda quizá nos pueda dar un mechero pa alumbrar esta oscuridá en que estamos sumidos.

Cir. Diga usté, guarda...

Pas. ¿Usté por un casual ha visto merodear por estos contornos a un sujeto con la vista extraviada, los cabellos en desorden y una actitud de futuro cadáver?...

Guarda Espérense ustedes, que creo que...

Cir. Un joven así como de unos veinticuatro años...

Barb. Vestido regularmente.

Pas. Ligeramente teñido de negro el belfo superior.

Guarda ¿De veinticuatro años y teñido?

Paula Eso de teñido el belfo es que estaba apuntándole el bigote...

Guarda Esperen ustedes... Me parece que sí... sí... sí...

Cir. ¿Lo ha visto?

Guarda No hará diez minutos pasó por aquí, por cierto que me chocó...

Todos Le chocó, ¿el qué?

Guarda Qué iba accionando y como si hablase consigo mismo. Y una vez apuntó al cielo y exclamó: «Allí, allí.» ¡Vaya usté a saber!

Cir. ¿Está usté seguro, guarda?

Guarda El detalle del bigote no tiene pérdida.

Pas. ¿Y por dónde se fué?

Guarda Por allí.

Paula Pues muchas gracias.

Guarda De nada. Buenas tardes. (Se interna entre cajas.)

Paula ¿Será él, Dios mío?

Pas. ¿Pero no oyes que coinciden las señas? Lo del bigote que le estaba apuntando.

Cir. Sí, sí, es él. ¡Le estaba apuntando!

(Se oye un tiro en la dirección que indicó el Guarda. Todos dan un grito de terror.)

Paula ¡Ah!

Cir. ¡Jesús!

Pas. Que Dios le haya perdonado... la revistita.

(Suena otro tiro.)

Barb. ¡Mi madre!

Pas. ¡Recontra, se está acribillando!

Cir. Ya se ve que no quiere vivir.

(Suena otro y seguidamente otro tiro.)

Pas. ¡Recoles! Pero ese chico es que quiere competir con los asientos de rejilla.

Guarda (Desde la caja.) ¡Eh, tú, granuja! Largo de ahí... ¿No ves que no ha caído ná?... (Saliendo.) Estos golfos...

Cir. Pero, oiga usté, ¿esos tiros?...

Guarda Son de ahí, del Tiro de Pichón, y como algunos volátiles suelen caer por aquí... (Mirando.) ¿No lo dije? Ese granuja se ha empeñao en que le sacuda y le sacudo. (Hace mutis enarbolando la cayada.)

Barb. ¡Del Tiro de Pichón!

Cir. Bueno, a mí estas emociones me entierran.

Pas. Como que lo que debemos hacer es seguir la ruta indicada por el guarda, y ya daremos con él.

Paula Sí, eso es lo mejor, buscarle.

Cir. Tenéis razón, vamos por allá.

Barb. Vamos.

(Se disponen a marchar, y Pascual, que va al frente, dice de pronto.)

Pas. ¡Silencio!

Cir. / Paula ¿Qué pasa?

Pas. ¡El!

Cir. ¿Dónde?

Pas. Allí viene, cabizbajo, meditabundo.

Cir. Hijo de mi al...

Pas. Quieta. No conviene llamarle así de improviso... Puede sobrecogerse y darle una meningitis.

Barb. Sí que viene preocupado.

Cir. ¿Y qué le parece a usté que hagamos?

Pas. Vamos a escondernos aquí y ya os diré.

Barb. Pronto, que llega.

(Se ocultan. Sale MARIANO con la cabeza baja y en la actitud ya indicada.)

Mar. Sí, sí... eso es... decidido... llega Rodolfo, abre el buró, coge las mil pesetas y exclama... (Registrándose los bolsillos.) Aquí debo tener las cuartillas. (Saca unas cuartillas.) Sí, aquí está... (Lee.) «No hay otra solución. ¡El dinero! Me voy al Casino, y si lo triplico...

Rosina y yo huímos para siempre del peligro de su marido...»

Pas. (Asomando la cabeza por la caja.) La carta pa el Juez.

Mar. (Sigue leyendo.) «Si la suerte me fuese infiel, entonces... la mato y me mato y nos reunimos allí.» (Señalando al cielo. Con energía.) ¡Qué final! ¡Cómo diría Morano esta frase! ¡Con actores así se puede estrenar, no con los de anoche! ¡Cómo se pasaría la mano por la frente! (Lo hace.) Se mesaría los cabellos y exclamaría: ¡Me mato, sí, me mato!...

(En este momento salen todos y le sujetan.)

Pas. No, eso no.

Cir. ¡Hijo de mi alma!

Paula ¡Mariano de mi vida!

Barb. ¡Marianillo!

Mar. Dejadme, hacedme el favor, si es mi final.

Paula ¡Nunca!

Todos No, no...

Mar. Repito que es mi final de...

Pas. Taparle la boca.

Cir. Cogerlo y a casa.

Paula A casa, a casa.

(Entre todos le sujetan, y tapandole la boca se lo llevan casi en brazos.)

MUTACION

CUADRO ULTIMO

La misma decoración del cuadro primero del acto primero. Los mismos pobres colocados en igual forma, a excepción de Cirila y Pascual.

—

(Al levantarse el telón todos los CHICOS están agrupados a la puerta de la iglesia; sobre los escalones está BARBIERI vestido de gala con una cayada enorme conteniéndolos.)

Chicos ¡Vivan los novios!

Otros ¡Viva el padrino!

Todos ¡Dinero! ¡Dinero! ¡Dinero!

Barb. (Dando voces.) ¡Silencio! ¿Pero no se os ha dicho hasta con bocina que esta tarde en el merendero del Conejo se repartirán setenta céntimos pa cá grupo de seis?

Erizo — De modo que tocamos...

Barb. — Tocáis la ocarina si os da la gana, y ahora tocáis un paso doble o le hincho a uno la cabeza con esta batuta.

Un chico — Polca, Pérez...

Barb. — ¡Maldita sea! ¡Granuja! (Hace ademán de liarse a estacazos. Los chicos corren y Barbieri hace mutis por la iglesia.)

Roma. — ¿Qué le parece a usté la bodita de la anciana?

Eul. — Hija, ha visto uno tantas cosas en este mundo, que para asombrarme tenía que ver canalizao el Manzanares.

Men. — El tío Pascual y la señá Cirila vinculaos, con la hincha que se tenían... ¡Folletinesco!...

Roma. — Y estos gazmoños tién dinero. no se crean ustés.

Eul. — ¡Y mucho! Sobre todo ella. ¿Cuánto tiempo lleva usté aquí pidiendo, tía Roma?

Roma. — Diez años.

Eul. — Pues tiene doble que usté.

Roma. — ¡Caray! Pues debe tener un fortunón.

Men. — Pues verán ustedes como no nos dan ni una bendita limosna.

Eul. — Callarse, que me parece que salen.

(Efectivamente, por la iglesia salen algunos actores masculinos y femeninos figurando el cortejo de amigos; detrás PAULITA y MARIANO.)

Mar. — ¡Paulita!

Paula — ¡Mariano!

Mar. — ¡Qué felicidad!

Paula — ¡Esto parece un sueño!

Mar. — ¿Quién nos iba a decir hace quince días que hoy íbamos a estar unidos para siempre?

Paula — Y no es esta sola felicidad ¿Y la de haber lograo unir a nuestros padres, que se encontraban y se mordían.

Mar. — ¡Ya, ya!

Paula — ¿Y te has fijao qué acaramelaos están?

Mar. — Están que destilan compota.

Paula — ¿Y dónde están?

Mar. — Pues es verdad... Mira, aquí sale Barbieri, él nos dirá...

(Sale BARBIERI.)

Paula — ¿Pero qué hacen nuestros padres?

Barb. — Callarse, que me han dao ganas de tocarles el dúo de «Aquí hacen falta garbanzos».

Mar. ¿Por qué?

Barb. Porque estaban esperando en un banco de la sacristía pa satisfacer los derechos de esponsales, y de pronto, sin consideración a un San Juan Bautista de talla que había en una hornacina, va tu padre y le declama esta copla a tu madre:

Por tu querer que me abrasa
tengo el corazón deshecho,
en cuanto estemos en casa
me tienes que abrir tu pecho.

Mar. Pues ni Zorrilla.

Paula ¡Están locos!

Barb. Pero locos de un modo que les tuvo que decir el sacristán: ¡Señores, que una sacristía no es un cine!

Mar. ¿Tan empalagosos están?

Barb. Como que el señor Pascual no hace más que decir: A pagar lo que sea y al café corriendo, pero corriendo.

(Sale por la iglesia corriendo PASCUAL; le sigue CIRILA amenazadora Los dos van vestidos de gala y ella lleva puesto un ramo de azahar.)

Pas. Hacedme el favor de sujetarla, que muerde.

Cir. ¡Sinvergüenza!

Pas. Sujetarla.

(Mariano y Paula la sujetan.)

Paula ¡Madre!

Mar. ¿Pero qué ha pasao?

Cir. Ese esperpento, que voy y le gregunto en la sacristía, echándole los brazos cariñosamente: Pascual, ¿es verdá que te gusto mucho? Y me contesta: Con enajenación mental.

Mar. ¿Y eso es motivo?

Cir. Cállate o te sacudo. Y yo, entusiasmá con lo de la locura, continúo: ¿Adónde te parece que pasemos la luna de miel? Y me dice: En América. ¿Y por qué tan lejos? le pregunto. Y me contesta: Porque es el mejor clima pa los loros.

Pas. ¿Pero es que yo no me he calificao también del vistoso volátil?

Cir. Cállese usté, octogenario.

Mar. Vamos, madre, que no se diga que en un día tan señalao ..

Pas. Y tan señalao. Miá los dientes. (Enseñando una mano.)

Paula — Bueno, esto no ha sido ná... una nubecilla ligera....

Mar. — Cójanse ustedes del brazo.

(Unos cogen a Cirila y otros a Pascual y tratan de unirlos del brazo. Los dos protestan desesperadamente, pero cuando están unidos y los han dejado solos lcs demás, de pronto se miran y hacen una rápida transición mirándose amorosamente y riendo satisfechos como si fueran dos chicos de veinte años.)

Cir. — ¿Retiras los loros?

Pas. — Arrumbaos.

Cir. — ¿Dónde vamos a pasar la luna de miel?

Pas. — En la Alcarria.

Cir. — ¡La verdá es que hoy estás guapo!

Pas. — Pues tú estás pa verte con un estereóscopo.

Inv. 1.º — ¿Pero nos vamos a morir aquí?

Paula — Llevan razón, padre; al café.

Todos — ¡Al café!

Pas. — Como que tengo una debilidad que me caigo.

Cir. — Y yo me lo voy a tomar con mojicón y brioches.

Pas. — Así me gusta, que te nutras. Yo, como siempre, con mi media tostada, y ¡ay, Cirila de mi vida! ¡Con qué ganas voy a coger la media!

Cir. — ¿De arriba o de abajo?

Pas. — En la posición que la pille.

Mar. — En marcha.

(Barbieri, que cuando vió que hacían las paces Cirila y Pascual se entró en la taberna, sale de ella seguido de cuatro murguistas.)

Barb. — Señores, un momento.

Cir. — ¿Qué pasa?

Barb. — Mi modesto regalo de boda. (A los murguistas.) Avance la sinfónica.

Pas. — Pero, oye, ¿a qué viene?

Barb. — Para contribuir al fausto de este himeneo doble he compuesto un pasodoble también, que anoche me instrumenté para gran orquesta y que dedico a los contrayentes; dice así, nota más, nota menos. Cuantas menos mejor. (A los murguistas.) Maestoso.

(Atacan los murguistas el coro de repatriados de «Gigantes y Cabezudos». A los cuatro compases todos los que están en escena lo tararean.)

Barb. — (A Pascual.) ¿Ve usté? Ya se ha hecho popular.

Pas. Como que son los «Gigantes y Cabezudos».

Barb. Bueno, es que esto son los ocho compases que la ley me permite coger, pero ahora viene lo mío.

Cir. Lo tuyo lo tocas en una sacramental que pué que te lo e cuchen.

Todos. ¡Al café, al café!

Eul. ¿No hay nada para estos pobrecitos desvalidos?

Cir. ¡Pobrecitos desvalidos! ¿Por qué no trabajáis, so vagos?

Pas. ¡Sinvergüenzas! Hombre, me revienta esta gente pedigüeña.

Mar. En marcha.

Pas. (Al público.)

Si ustedes quieren honrarnos,
vamos a una cuchipanda.

Cir. Y aquí termina el sainete,
perdón por sus muchas faltas.

(Se cogen del brazo y van haciendo mutis, pero Barbieri hace señas a los músicos que le siguen y dice.)

Barb. No, pues lo que es mi motivo lo oyen. Venga mi motivo.

(La murga toca la marcha de «Cádiz» siguiendo a todos y cae el telón.)

FIN DEL SAINETE

Obras de Enrique García Alvarez

Apuntes al lápiz.
Al toque de ánimas.
La trompa de caza. (2.ª edición.)
Salomón.
La candelada.
El señor Pérez.
El niño de Jerez.
Figuras del natural (revista.)
El gran Visir.
La casa de las comadres.
Los diablos rojos.
Todo está muy malo! (2.ª edic.)
Las escopetas.
La zíngara.
La marcha de Cádiz (13.ª edic.)
Sombras chinescas.
Los cocineros (4.ª edición.)
El arco iris. (2.ª edición.)
Los rancheros (3.ª edición.)
Historia natural.
El fin de Rocambole.
Las figuras de cera.
Churro Bragas (parodia) (3.ª edic.)
Alta mar (4.ª edición.)
Concurso universal.
Los Presupuestos de Ex-Villapierde (6.ª edición.)
La alegría de la Huerta (11 edic.)
El Missisipí (2.ª edición.
La luna de miel (2.ª edición.)
Las venecianas.
Los gitanos.
La torta de Reyes.
Los niños llorones (3.ª edición.)
La boda. (Letra y música.)
La muerte de Agripina.
La cuarta del primero. (Letra y música.)
El terrible Pérez (4.ª edición.)
El famoso Colirón.
El pícaro mundo. (2.ª edición.)
La primera verbena.
¡Pobre España!
Congreso feminista.
El palco del Real.
El pobre Valbuena (6.ª edición.)
El perro chico. (4.ª edición.)
La reja de la Dolores. (3.ª edic.)
El iluso Cañizares. (3.ª edición.)
El ratón. (3.ª edición.)
El pollo Tejada. (3.ª edición.)
El noble amigo. (2.ª edición.)
El distinguido Sportsman.
La edad de hierro. (Letra y música.)
La gente seria.
La suerte loca.
Alma de Dios. (4.ª edición.)
Hasta la vuelta.
El hurón.
Felipe segundo.
La comisaría. (Reformada.) (Letra y música.)
El método Górritz. (3.ª edición.)
Mi papá. (2.ª edición.)

La primera conquista.
El amo de la calle. (Música.)
Genio y figura. (2.ª edición.)
El trust de los Tenorios.
Gente menuda. (2.ª edición.)
El género alegre. (Música.)
El príncipe Casto.
El fresco de Goya. (2.ª edición.)
El cuarteto Pons.
Las cacatúas.
El bueno de Guzmán. (Letra y música.)
La catástrofe de Burgos.
Ideal festín. (Música.)
La Corte de Risalia.
El maestro Vals. (Letra y música.)
Los chicos de Lacalle.
El alma de Garibay.
La Venus de piedra. (Letra y música.)
Fúcar XXI. (Letra y música.)
Pastor y Borrego. (2.ª edición.)
La niña de las planchas.
Las vírgenes paganas.
La frescura de Lafuente. (2.ª edición.)
La casa de los crímenes.
La Remolino.
La escala de Milán.
La conferencia de Algeciras
El verdugo de Sevilla. (4.ª edic.)
El último Bravo. (2.ª edición.)
La locura de Madrid.
Los cuatro Robinsones.
El cabo Pinocho. (Letra y música.)
Nieves de la Sierra.
El Rey del Tabaco.
El niño judío. (2.ª edición.)
Las buenas almas.

OBRAS DE LÓPEZ MONÍS

COMEDIAS

El adivino.
La jaula del loro.
El sombrero hongo.
La torta de Reyes.
¡Pobre España!
La caída. (Segunda edición.)
La bella Colombina. (Dos actos.)
El último duelo.
En casa no comemos...
¡Por vida de Don Quijote!
La risa.
El buen señor...
La vida burguesa. (Dos actos.)
El Rey del Tabaco. (Tres actos y prólogo.)

ZARZUELAS

El maestro Catón, música de Rubio y Estellés.
Concurso universal, música de Valverde (hijo) y Calleja.
El beso de San Silvestre, música de Foglietti.
Las de capirote, música de Calleja y Lleó.
La caprichosa, música de Vives.
La Cocotero, música de Valverde (hijo).
Noche de estreno, música de Foglietti.
Sangre torera, música de Vives.
Las doce de la noche, música de Foglietti. (Segunda edición).
La mujer del prójimo, música de Calleja.
¡Hasta la vuelta! música de Calleja.
Ese es mi hermanito! música de Foglietti.
El que paga descansa, música de Foglietti. (Tercera edición.)

El mesón de la alegría, música de San Felipe.
Vida de Príncipe, música de Luna y Foglietti.
La Princesa rubia, música de Cabas.
La moza bravía, música de Cabas.
La golferancia, música de Marquina.
¡Si yo fuera Rey! (Dos actos.) Música de Serrano.
El conde se luce en Burgos, música de Penella. (Estrenada en Buenos Aires.)
¡Si yo fuera Rey! (Un acto.) Música de Serrano.
La viudita, música de Foglietti y Faixá.
La voz de la calle, música de Foglietti y Cabas.
El niño de Triana, música de Hernández y Mateos.
El buen ladrón, música de Barrera.
El alma de Garibay, música de Barrera.
La Venus de piedra, música de Alonso y García Álvarez.
La venganza de Arlequín, en colaboración con Ramón Peña, música de Quinito Valverde.
Las buenas almas, en colaboración con Enrique García Alvarez, música de Ubeda y García Alvarez.

OBRAS NO TEATRALES

El papel vale más. — Colección de composiciones en verso con prólogo de Sinesio Delgado.
Verdes y Blancos.—Colección de Couplets.
Si es broma, puede pasar.—Novela.

PRECIO: 1,50 PESETAS